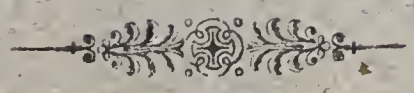
ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

SOLEDAD

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FEDERICO ARNAIZ HINOJOSA



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1897

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia

SOLEDAD

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción, y cuantos le correspondan por las leyes.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SOLEDAD

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

FEDERICO ARNAIZ HINOJOSA

Estrenado en el TEATRO DE CERVANTES, de Málaga, la noche del 6 de Enero de 1897, con extraordinario éxito

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1897

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOLEDAD (20 años).....	Sra. Constan.
TERESA (46 ídem).....	Losada.
SANTIAGO (30 ídem).....	Sr. Muñoz.
DIEGO (42 ídem).....	Morano.
JUAN (56 ídem).....	Varela.
RAFAEL (60 ídem).....	Simó.
CAPITÁN NOGALES (50 ídem).....	Villanova.
TENIENTE LOMA (22 idem).....	Rando.
PADRE CLEMENTE (65 ídem).....	Molina.
ASISTENTE MANUEL (23 ídem).....	Espejo.
IDEM PELAYO (22 ídem).....	Raso.
CARCELERO (48 ídem).....	Carrasco.
CAPITÁN REQUENA (33 ídem).....	Navas.
CENTINELA 1.º.....	Morera.
IDEM 2.º.....	Ruiz.

ÉPOCA, 1874

Derecha é izquierda las del actor

ACTO PRIMERO

La escena representa una sala baja espaciosa. Al foro puerta grande que da á un jardín con árboles que deberán ser vistos por el espectador. A la derecha dos ventanas laterales cerradas. A la izquierda dos puertas laterales que comunican con el interior de la casa. En el centro de la escena un velador con tapete; encima un quinqué encendido y una caja pequeña de marfil.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD, TERESA, el PADRE CLEMENTE. Este último sentado de espaldas al foro; Soledad sentada con la costura á la izquierda del padre Clemente. Teresa a la derecha del mismo, también sentada.

SOL. (Dejando la costura sobre el velador y mostrando una prenda pequeña de lienzo blanco.) La última camisita. No se podrán quejar de mí los huérfanos de San Jacinto, ¿no es verdad, padre Clemente?

P. CL. Mucho abunda la caridad en Córdoba, hija mía, pero unas manos tan ágiles...

TER. Cuando no las paralizan sus distracciones.

P. CL. Déjela usted, Teresa; esas son breves estaciones para deslizarse después sus manos sobre los rails del trabajo con más velocidad.

TER. Es que me angustian sus preocupaciones.

SOL. No te alarmes. Soy distraída, y tomas por exceso de imaginación lo que no es otra cosa que imposiciones de la pereza. En cuatro años que llevo á tu lado bien podías conocerme.

721991

TER. Tienes razón, hija mía, cuatro años; justamente el tiempo que falta de esta casa mi pobre hermana, tu protectora, más que protectora, tu madre.

P. CL. Sí, su madre: dice usted bien, Teresa. No la madre que da hijos al mundo como el monte ortigas, sino la que arroja el grano fecundizado por sus virtudes para que fructifique, produciendo una cosecha abundante.

SOL. (Con amargura.) ¡Pobre grano sin procedencia, padre Clemente, misterioso como la semilla conducida por el viento, que al caer se pudre en el fango ó la abriga una tierra generosa!

P. CL. ¿Ya estás á vueltas con tus ideas, Soledad? ¿Crees acaso que la tierra magnánima pregunta á la semilla que va á fecundizar por su prosapia? No, pobre niña, para darle toda su savia le basta á la tierra saber que la hizo Dios.

SOL. ¡Es la tierra más clemente que los hombres!

P. CL. Sí; pero el hombre pasa, Soledad, la tierra queda. (Cogiéndola una mano con cariño.) Vamos, no seas injusta con el mundo, mira que Dios podría ofenderse. Cuando el mísero grano se convirtió en espiga dorada, este pueblo que te vió nacer se complacía en rodearte de cariño; amaba á la infortunada huerfanita, deleitándose con sus perfecciones de niña, y admirando más tarde sus atractivos de mujer. Subyugaste á un hombre honrado que ansía darte su nombre, iluminando con la luz que destella su apellido las negruras que envuelven tu nacimiento.

SOL. (Con pasión.) ¡Mi Santiago!...

P. CL. Sí, tu Santiago. El noble de raza que va á poner su escudo de caballero, debajo de tu corona de mártir.

SOL. ¡Si no me lo matan, padre Clemente!

P. CL. ¿Matártelo?

TER. No, hija mía, recuerda su carta de hoy, y las noticias que da sobre el término del sitio de Cartagena. (Con afectuosa sonrisa.) Ya ve-

rás... ya verás como muy pronto vas á tener ahí, á tu lado, al arrogante capitán de cazadores...

P. Cl. Que con tanta habilidad ha sabido cazarte el corazón. (Se levanta.)

Sol. (Levantándose al mismo tiempo que Teresa.) ¿Se va usted, padre Clemente?

P. Cl. Sí; no quiero prolongar más la velada. (Saca el reloj.) Ya son las doce, y van ustedes á ser la causa de que me tomen por un viejo libertino, si me ven cruzar las calles de Córdoba á estas horas. (A Soledad.) Conque nada de tristezas, ¿estamos?... (Dándole la mano.) ¡Ea, á rezarle á San Rafael, á dormir y á soñar, que el soñar á tus años es traerse á la tierra un pedacito del cielo!

Sol. ¡Qué bueno es usted, padre Clemente!

P. Cl. (Aparte, al darle la mano.) (Distraígala usted, Teresa.) ¡Felices noches, hijas mías!

Sol. ¡Adiós... y hasta mañana!... (Le acompaña á la puerta.)

Ter. ¡Felices, padre Clemente! (Ambas le besan la mano al lado de la puerta. Soledad y Teresa vuelven al lado del velador.)

ESCENA II

SOLEDAD y TERESA

Sol. (Sentándose.) ¡Hermoso corazón!

Ter. Invariablemente bueno. ¡Pobre anciano que bautizó á tu madre y recogió las postrimerías de su vida; que escuchó su primer llanto y se hizo dueño de su último suspiro! Pero debes recogerte á descansar, que ya es tarde y tú madrugas mucho.

Sol. No tengo sueño, Teresa. Déjame que busque el cansancio aquí, para no encontrar en mis habitaciones el insomnio.

Ter. (Sonriendo y con acento de reconvención cariñosa.) Sí; quédate á solas con tus pensamientos, sin duda para leer de nuevo su carta de hoy, la misma que pronunciará tu lengua para que

la vaya descifrando el corazón, ¿no es cierto? No quiero contrariarte; pero te acostarás pronto, ¿sí? (La besa.)

SOL. (Levantándose.) Vete descuidada, Teresa; no tardaré mucho en seguirte. (Permanece de pie hasta que Teresa sale por la puerta lateral izquierda; después se sienta al lado del velador.)

ESCENA III

SOLEDAD

Ya puedo quedarme á solas con mis recuerdos, sin tener que prestar mi asentimiento á la fábula sombría de mi vida... (Pequeña pausa.) ¡Mi nacimiento ignorado! ¡Mi madre despojada del derecho de pronunciar este dulce nombre, y convirtiéndose en protectora, para cubrir su honra ante la sociedad que hubiera podido escarnecerla! (Mirando la caja puesta sobre el velador y con acento alegre.) ¡Ah, pobre depositario de mis esperanzas, ven á arrojar un rayo de luz que despeje las nieblas de mi infortunio! (Saca de la caja un paquete de cartas.) Sus primeras cartas de cadete. (Guardando el paquete.) ¡Qué visión tan encantadora de los primeros años! (Saca otro paquete cuya faja lee.) «Diciembre del 73.» Las últimas de capitán. ¡Contrastes de la afección! ¡Cuánta diferencia entre las impetuosidades del niño y la pasión del hombre, serena é inmutable! (Guarda el paquete y saca una carta.) La última recibida... Carta apasionada en la que me demuestra que su corazón es sólo mío. (Suenan tres golpes dados al exterior de la ventana de la derecha.) ¡Me parece haber escuchado!... (Suspende la acción de guardar la carta y escucha un momento, volviendo á guardar la carta.) No; es una ficción de mis sentidos. (Suenan de nuevo los tres golpes.) ¡Ay, Dios mío!... ¡Esa es la señal convenida con Rafael!... (Levantándose.) ¿Habrá llegado Diego?... (Aproximándose á la ventana.) ¡Si Santiago me juzgara!... (Deteniéndose y mirando hacia

la puerta izquierda.) ¡Si alguien me viese!... (Suenan los tres golpes más fuertes.) ¡No hay duda!... ¡Este es el aviso de su llegada!... (Aproximándose á la ventana.) ¡Pobre honor, cómo juego contigo!... (Abre la ventana.) ¡Ah!... ¡Rafael!...

ESCENA IV

SOLEDAD y RAFAEL

RAF. (Fuera.) ¡Zeñorita!...

SOL. (Con voz precipitada.) ¡Entra por la puerta del jardín!... ¡Cuida, por Dios, que no te vean!... ¡Aquí te espero! (Queda un momento mirando por la reja, después la cierra y marcha al centro de la escena.) ¿Vendrá Rafael como nuncio de felicidad, ó como un mensajero de desgracia? (Pausa, escuchando atentamente.) ¡Me parece que se aproxima!... (Avanza hacia la puerta.) ¡Sí!... (En el momento de abrirse la puerta.) ¡El es!... (Sale a su encuentro.) ¡Rafael!

RAF. (Avanzando rápidamente.) ¡Zeñorita!... ¡A la paz de Dioz! Puez aquí eztoy porque he venío... ¿Y de zalú?

SOL. Buena, Rafael. (Con ansiedad.) ¿Y don Diego?

RAF. El zeñorito en la huerta de loz Pinarez con don Juan. Habemoz llegao ezta madrugá, y allí noz hayamoz ezcondíoz como topoz. ¡Várgame María Zantísima, zeñorita, y cuánto corré por el mundo, jazta que arguno ze jeche la ezcopeta á la cara y noz rompa un corvejón!

SOL. ¿Pero no le amenaza ningún peligro? (Se sienta.)

RAF. ¡Quiá! En loz Pinarez no hay mieo; arriba, arriba ez donde ze jila máz dergao... ¡digo!... Allá noz aprietan mucho, zeñorita; tiro va y tiro viene, y ¡juye que te pillan!... y mucho jumo y muchaz balaz, y yo, zi no fuera por el zeñorito, puez cuarquiera me cojía a mí por Birbado y Jernani bebiendo chacolí, ¡chacolí, zeñorita! ¡Mizté que el tio Rafaé, el conoceor, beber agua de manzana en vez de

nueztro Montilla! ¡Mizté que yo con una boina!... ¡Vamoz, que eztoy pa que me peguen un tiro!

SOL. Dime, Rafael: ¿vendrá esta noche don Diego?

RAF. Puez zi pa ezo na máz habemos venío; ¡con un zusto!... A mí cá cevil me paecía un miureño.

SOL. Siempre sacrificándote por tu amo; pero, repíteme, Rafael, que no corre ningún peligro.

RAF. ¿Peligro en Córdoba? Vamoz, ozté orvía que eztamo en la tierra bendita que oyó nueztro primer jipío. Aquí, en ezte zuelo generozo, no hay cuna, ni zol, ni aire, ni una mano amiga pa aquelloz que ze berrean, que ez mucha la nobleza que ze traen loz hijoz de ezta comarca. (Animándose por grados.) Cuando ezta madrugá noz encaminábamoz porlaz callez de Córdoba, dando trompezones con laz rejaz, cá gorpe me parecía un zaluo. Llevaba el embozo bajo, la cara al viento, deztapá, que en ezte pueblo no hay zitio pa la traición. Caminaba con tanta alegría, que zartaba por el camino de la zierra como cuando juía de loz *guiriz* en loz montez de Birbado. Y zeguimoz andando, y jué y dijo don Juan parándoze en zeco: «¡Una cazita blanca con jardín! ¡Allá tenemoz vino de Montilla!» ¡Digo!... ¡y que no tié don Juan loz criztalez claroz! Pue allegamoz y yo dí un gorpe que parecía un cañonazo; la puerta ze abrió, y er tío Lucaz noz miró con espanto, y dió zu mano, tan grande y tan güena, ar zeñorito; empué le pegó una arremetía á don Juan que loz güezoz der pecho le crugieron, y aluego me miró .. (Con gran ternura.) y no podía verme, porque tenía en loz ojoz máz agua que lleva er Guadarquivir. «Zirve Montilla, Lucaz,» le dijo don Juan; «zirve Montilla, que ya llegan jazta mi corazón loz vientoz de la zierra.» Y fué y zirvió el vino como zi jechara en loz vazos oro derretío. Er zeñorito apenaz zi ze remojó el tragaero mentando á su Zoleá. Don Juan ze trajeló de un

gorpe trez de á veinte, uno por Zan Rafaé, otro por la zeñorita, el úrtimo por zu Córdoba. Y de zeguía noz apretamoz laz manoz de verdá, y arremetimoz por er camino arriba, ¡jala! como er que zube á la mezma gloria, dejando ayá en lo jondo laz lucezillas de Córdoba, buzcando en lo arto laz lucezillas der cielo.

SOL. ¿Y don Juan le acompaña siempre?

RAF. Como la zombra ar cuerpo. Azcoche uzté, zeñorita. Pue juimoz y allegamoz á loz Pinarez, y er zeñorito Diego jué y me dijo: «Rafaé, ezta noche á la una tiez que avizá á la zeñorita. Dile que he llegao, y que á laz doz...», vamoz, que á laz doz ze jallará aquí.

SOL. (Levantándose y con alegría.) ¿Hoy?... ¿Que esta misma madrugada voy á verle? ¡Ah!... ¿No te engañas, Rafael?

RAF. ¡Vaya!... ¡Con la cara y er pelo! ¡Mizté que yo enquivocarme!

SOL. (Aparte.) (¡Verlo!... ¡Sentir su pecho junto al mío!... ¡Impregnarme con sus ternuras!... ¡Soñar... soñar siempre un imposible!. . ¡Oh, no! ¡Yo no debo acceder á esa entrevista, que me la veda mi promesa á Santiago!) Escucha, Rafael: es indispensable que le digas á don Diego que no puedo concederle la entrevista que solicita... ¡Dile que estoy enferma!... ¡Oh, no! que entonces por verme sería capaz de comprometer su vida. Refiérele que no has conseguido avisarme, que el silencio ha contestado, quedando muda la ventana... dile, Rafael, todo lo que te sugiera el cariño que le profesas.

RAF. (Con sorpresa.) ¿Que yo engañe á don Diego, zeñorita? ¿Que mi mezma boca le cauze una pena tan grande?... ¿Yo izirle cuando allegue á los Pinarez: «Zeñorito, he llegao á Córdoba, he llamao á la ventana, y en vez de encontrar á zu ángel, zolo he trompezao con loz jierroz que la defienden. A ezconderze tocan, zeñorito, y uzté que por verla se jugó la vía atravezando loz puestoz de loz sordaoz, debe quearze con el pare Quieto,

apretar loz puñoz y morderze el alma, y gorver á laz nievez der Norte zin jaberze antez calentao er corazón á la vera de zu Zoleá?» (Con energía.) ¡Ezo no lo jago yo!... ¡Vamoz, que no lo jago, zeñorita!

SOL. (Con angustia.) ¿Tú crees que mi negativa?..

RAF. (Interrumpiéndola.) ¡Zería una mala azión! (Con respeto.) Perdóneme, zeñorita; pero, ¿uzté zabe lo que ez penzá ziempre en la mujé que ze jaya en laz entretelaz der corazón; buzcarla zartando por tóo, ¡faca en mano como un valiente! Zoñá con que va á ver su gloria, pa encontrarze, zi la ha perdío, con un infierno? ¡Ah, zeñorita, ozté no ha probao las penas!... ¡Ozté conoce las rozaz, porque antez lez han quitao laz ezpinaz!

SOL. ¡Rafael, si es que tú no sabes lo que me pide! Es mi vida, es mi honor...

RAF. (Con gran energía interrumpiéndole.) ¿Y su jonra?... ¿Y su vía? Puez qué, ¿no ze la ha jugao por verla?

SOL. (Titubeando.) ¡Sí!.. ¡Tienes razón!... (Con acento resuelto.) Dime, ¿se halla todavía en los Pinares?

RAF. Ni por pienzo, zeñorita. Se empeñó en venirze conmigo y con don Juan...

SOL. (Con alegría.) ¿Que está ahí? (Con angustia.) Pero en la calle corre peligro... ¡podría ser conocido, denunciado, y entonces lo perdía para siempre!

RAF. ¿Y qué le vamos á jazer, zeñorita, zi uzté?... Allí lo tenemos en la puerta farza der jardín, bebiéndose los minutos y zoñando con zu Zoleá. (Señalando al jardín.)

SOL. (Con espanto.) No, Rafael, corre á su encuentro y que se venga aquí con Juan de Mena.

RAF. (Con alegría, marchando hacia la puerta del foro.) ¡Voy en un zarto!

SOL. ¡Espera! Dile que no le sorprenda mi ausencia... que me retiro para cerciorarme de que nadie puede interrumpir nuestra entrevista; después acudiré á su lado, cuando dé las dos el reloj de Santa Marina. ¿Lo olvidarás, Rafael?

RAF. ¡No hay cuidiao! (Besándola la mano.) ¡Bendita zea eza boquita de clavelez! (Se retira precipitadamente por el foro, siguiéndole Soledad, que se detiene en la puerta.)

ESCENA V

SOLEDAD

¡Qué situación tan insostenible para mi honor y mi cariño!... ¡Qué lucha entre mi amor y mi conciencia! (Se dirige á la segunda puerta lateral izquierda.) ¡Ah, Diego Alcázar; las cintas de acero que me unen al deber y á un juramento sagrado, cuán fácilmente las fundes cuando te aproximas á mí! (Se retira por la segunda puerta izquierda, que deja abierta, después de dirigir una última mirada al foro.)

ESCENA VI

DIEGO, JUAN, RAFAEL. Entran y se desembozan.

DIEGO (Con alegría.) Henos aquí. (Volviéndose á Rafael.) Puedes retirarte. Tu presencia no me es necesaria ahora.

RAF. ¡Zeñorito!... (Con acento de protesta.)

DIEGO Anda, Rafael; ¿no sabes que en esta casa no corro ningún peligro? Vete; ten los caballos preparados, y á la menor alarma escapa con ellos á los Pinares.

RAF. Como uzía mande, zeñorito. (Se dirige á la puerta del foro con visible contrariedad.)

ESCENA VII

DIEGO y JUAN

DIEGO Aun es temprano. Mi impaciencia por ver á Soledad no apresura los minutos como precipita los latidos de mi corazón.

JUAN En cambio precipitará una catástrofe. Tres veces hemos abandonado á Durango jugándonos el pellejo, y, ¿para qué? pues sólo para murmurar en esta sala promesas que no puedes cumplir, porque nos amenaza una sentencia por rebeldía.

DIEGO No temas, Juan; ¿quién puede en Córdoba denunciarnos?

JUAN ¿Qué sé yo? Pero un cielo sin nubes bien pronto se ennegrece, surge el relámpago y hiere el rayo... ¡que no se te olvide, Diego!

DIEGO No; el misterio envuelve nuestra salida del campo carlista, y el caserío de la sierra nos garantiza la libertad; pero aun cuando me jugase la cabeza, no dejaría de cumplir con el deber de sacrificarme por la que me hizo dueño de su honra y de su vida.

JUAN Impresionable como buen cordobés.

DIEGO No, rectifica: leal como buen caballero.

JUAN Hé ahí una razón para dar largas á tus sentimientos. Tiempo tendrás de sobra para arrullar á la huérfana, que ahora te quita la boina para colocarte el gorro del presidiario.

DIEGO Tú ves visiones, Juan.

JUAN No, es que veo muy largo, Diego.

DIEGO (Con tristeza, dándole la mano.) ¡Tienes razón! Perdóname, amigo mío, si te arrastro á la ruina ó á la muerte.

JUAN ¿Yo perdonarte?... ¡No, Diego!

DIEGO Sí; ¿crées que no he observado tus desalientos por la causa? Y, sin embargo, prosigue la campaña.

JUAN Ya comprenderás que el deber...

DIEGO De la amistad; ¿por qué no terminas la frase?

JUAN No puedo negarte que preferiría gozar contigo de nuestro sol, dorando con sus rayos las casitas de la sierra. Tú sufres lejos de Soledad, y comprendo que prefieras su falda de seda á las faldas de granito de las montañas del Norte. (Afectuosamente.) Recuerda tu situación: una niña desvalida te espera y te abre con pasión sus brazos; la lidia

entre la guerra que te llama y la reparación que te atrae, se entabla en tu pecho precisamente cuando me cruzo en tu vereda para decirte: «Diego, abandona á don Carlos por la pobre huérfana; deja esa causa con un caudillo menos, que Soledad necesita tu nombre, tu brazo y tu fortuna.» Accede y verás á Juan de Mena, al jefe de la caballería carlista, presentar su dimisión, y volver á su Córdoba para acariciar el vaso, labrar la tierra é implorar al cielo.

DIEGO Eso es imposible por ahora. ¿Me aconsejas que cubra mi apellido de ignominia con una apóstasía?

JUAN ¡No, la deserción, no! Pero escucha, pobre náufrago del error: (Con gran ternura.) ¿has olvidado, por ventura, á esa blanca figurita que te espera con impaciencia, la que guarda en su pecho tesoros de ternura que ofrecer al rudo campeón, que desdeña el abrigado hogar por las inclemencias del Norte? ¿Qué sería de ella sin tí, niña abandonada, pavesa de un incendio que sólo tú encendiste? Contesta... ¿qué sería de ella?... ¿qué sería de tu Soledad?

DIEGO ¡Oh, Juan!... ¡qué angustioso dualismo me presentas!...

JUAN Diego, amigo mío... tu corazón es bueno, piensa que... (Se interrumpe al escuchar un reloj lejano que da las dos.)

DIEGO (Con alegría.) ¡Las dos!... ¡Por fin el sueño va á convertirse en realidad!

JUAN ¿De modo que el mal es irremediable?

DIEGO No insistas en pedirme un imposible.

JUAN Entonces, ¿quieres que te espere?

DIEGO Sí; á las tres en la torre de la Malmuerta.

JUAN Descuida, que estaré. (Marchando hacia el foro.) Adiós, Diego.

DIEGO Que él te guíe, Juan. (Juan se retira por la puerta del foro. Diego le sigue con la mirada, quedando abstraido.)

ESCENA VIII

DIEGO

Al fin voy á verla; van á tomar forma real aquellas visiones que me seguían en el Norte, lo mismo enmedio de la paz de los campamentos que sobre el suelo ardiente del combate. Voy á sentirla sobre mi pecho, embriagarme con su acento y su sonrisa, volver á contemplar sus ojos tan puros en donde con tanta facilidad leo las páginas misteriosas de mi mismo sér; en donde distingo sombras de la fatalidad, destellos de mártir, resplandores de santa nacida para el infortunio. (Aproximándose á la segunda puerta izquierda.) ¿Habrá surgido algo inesperado?... ¡Si Teresa supiera mi llegada!... ¡Oh, no!... ¡Dios no iba á ser tan cruel conmigo! (Mirando al interior y haciendo un brusco ademán de alegría.) ¡No!... ¡Cruel no, que aquí tengo á mi Soledad! (Dando un paso hacia la puerta y con voz contenida.) ¡Soledad! (Saliendo á su encuentro y tomándole ambas manos.) ¡Soledad mía!... (La conduce hacia el centro de la escena.)

ESCENA XI

SOLEDAD y DIEGO

SOL. ¡Qué imprudencia, Diego! (Juntando las manos con angustia.)

DIEGO Nada temas. (Sonriendo.)

SOL. ¿Por qué vuelves á exponer tu vida, ó á jugarte la libertad?

DIEGO ¡Qué me importa la vida sin tí!... ¿Crees que puedo prolongarla sabiendo tu desamparo, tus sufrimientos y las amarguras que bebes de continuo para sostener tu promesa? ¡Ah! no me hables de peligros, que en muy poco pueden apreciarse si el galardón que reciba

es alcanzar un cielo. (Sentándola y sentándose á su proximidad.) Siéntate y cuéntame uno á uno todos tus pensamientos... sin ocultarme los malos; (Se sonríe.) tus penas, tus alegrías, las esperanzas que alientas, esos rayos de sol que irradian de los pocos años y de una conciencia pura. Cuéntamelo todo... todo, sin ocultarme nada, que ya sabes que para tí tengo muy grande el pecho.

SOL. ¿Para qué mortificarte? Sigo el camino de mi vida sin desviarme de él, y miro con impaciencia al frente, allá muy lejos, para ver si logro distinguir el término. Y nada veo; sólo puedo apreciar que su horizonte queda oculto por nieblas impenetrables de dudas, y por angustiosos tules de tristes presentimientos.

DIEGO ¡Eres injusta!... ¿Crees, Soledad, que para recorrer ese camino de término ignorado, te falta el apoyo de un brazo vigoroso, un cerebro que piense, un corazón que te adore?

SOL. ¡No, Diego! Pero, ¿de qué sirven ese brazo, ese corazón y ese cerebro, si el veto de la conciencia y del deber me impide que los admita? ¿Para qué tanto amor y tanto sacrificio si no me es posible aceptarlos?

DIEGO (Con gran amargura.) ¡Oh, Soledad!... ¡Sí!, proseguirán recomendándote el silencio, ¿no es cierto, pobre mártir? Llevarán á través de tu conciencia, para que alcance á tu alma, la obstinación inquebrantable, la negación de un derecho, la inviolabilidad de una promesa arrancada á tu inocencia por la que hace de madre con el apoyo del sacerdote, tu padre espiritual. (Inclina la cabeza.)

SOL. ¡Por Dios!... ¿No te basta el verme á tu lado? ¿No es tuyo todo mi cariño? (Le coge una mano.)

DIEGO (Ensimismado en sus pensamientos y como si no oyera á Soledad.) ¡Oh, desdichada!... ¡Siempre... siempre esa eterna convención odiosa!. (Mira bruscamente hacia el foro al escuchar una ahogada exclamación, y se levanta precipitadamente. Soledad se levanta con espanto y mira con terror á Santiago, que aparece por el foro, avanzando pausadamente, después de una breve parada en la puerta.)

ESCENA X

SOLEDAD, SANTIAGO y DIEGO

SOL. (Juntando las manos con terror.) ¡Oh!... ¡Santiago!

DIEGO ¡Del Río!...

SANT. (Con terrible calma, deteniéndose en el centro de la escena.) ¿Por qué no prosigues, Diego?... ¿De qué te aterras, Soledad?

SOL. ¡Santiago, escúchame!... (Da un paso y se detiene al ver el enérgico ademán de Santiago.)

SANT. ¡Cómo enmudeces, Diego! ¿Es que el verme te roba la elocuencia?

DIEGO ¡No; pero tú aquí... en este sitio... y á estas horas!...

SANT. Lo juzgas un atentado á tu felicidad, ¿no es así? ¿Y qué pensaría yo al ver que has abandonado el campo carlista para venir á Córdoba á apoderarte de una honra?

DIEGO ¡Oh, esa injuria!... ¡Tú estás ciego, Santiago!

SANT. (Con calma al principio, con ira al final.) Sí; ceguera que oculta una falta, es distinguir, á pesar de las sombras del cielo y de las tinieblas de mi alma, la puerta del jardín que dejó abierta Juan de Mena, tu digno compañero de infamia. Ceguera de mis ojos que tenían delante una imagen, es mi fácil ingreso hasta este sitio, siguiendo el camino que tú mismo me trazaste, Diego; pues por ley providencial para ayudar á la justicia, el crimen tiene siempre sus olvidos. Ceguera que desvía, que oculta y que borra, es la entrevista que celebras á altas horas de la noche con la mujer que juzgaba pura, porque me engañó su acento, y me cautivó su belleza, y no me dejó ver su alma á través del antifaz ignominioso con que cubría su perfidia.

SOL. ¡No, Santiago! ¡Las apariencias del delito!...

SANT. ¡Calla! Juzgada ya por mi conciencia, ¡qué en falso suenan tus protestas, Soledad!

DIEGO ¡Basta de agravios! Si es mi vida la que buscas, tómala; pero, ¡salva su honor, Santiago!

SANT. ¡Su honor!... ¿Y eres tú, general esforzado del carlismo, el que se erige en campeón de la honra de una mujer odiosa?

DIEGO ¡Oh, Santiago!... (Avanzando amenazador.) ¡Mientes!

SANT. ¿Que miento? (Lleva la mano á la espada, abandonando esta actitud al ver que retrocede Diego.) ¡Me insultas, y titubeas y dominas la agresión!... Sí, es natural; el duelo ahora, delante de esa mujer, es imposible Sería satisfacer los caprichos de la leona, que contempla con orgullo cómo se despedazan dos rivales.

DIEGO ¡Oh!... (Se contiene de nuevo.)

SOL. ¡Santiago!... ¿Por qué me insultas, dí? ¡No me juzgues sin oirme! (Avanza, y al aproximarse á Santiago éste la rechaza con fuerza.)

SANT. ¡Aparta, Soledad!

SOL. ¡Dios mío!... ¡Santiago!... (Retrocede impulsada por el brazo de Santiago.)

DIEGO (Avanzando para sostenerla, y cogiéndola por la cintura.) ¡Soledad mía!...

SANT. ¡Sí, tuya, sólo tuya!... (Pausa.) ¡Ya estarás satisfecho! (Con sarcasmo.) Ahora latirá con más fuerza tu corazón al calor de ese abrazo; pero ¡cuán ajenos estábais de que había de ser testigo de esa federación de traiciones!

SOL. (Incorporándose con energía.) ¿Eres tú, Santiago, el que pronuncias esa acusación contra mi honra? ¡Oh, no me acuses!... ¡Compadéceme, aun cuando el principio de tu clemencia sea el término de mis esperanzas!

SANT. ¡Compasión!... ¿eres digna de ella?

SOL. ¡Sí, compadéceme!... No te pido que me perdones:.. ¡veo tanto rencor en tus ojos!... No debo implorarte gracia, porque no puedo ahora convencerte de mi inocencia; pero si el destino me pone en este momento una mordaza, reclamo una tregua para que me rehabilite el tiempo.

SANT. ¡Sí, para salvar á tu amante!

DIEGO ¡Su amante!... (Conteniendo la ira.) ¡Tal vez para conservar tu vida!

SOL. (Con energía á Santiago.) ¡No, para salvar mi honor ante tus ojos!

SANT. ¿Para salvar tu honor me pides esa tregua? ¡Si quisiera salvarlo, tendría necesariamente que buscar su escudo en la sangre de ese hombre! (Avanza amenazador.)

SOL. ¡Santiago, no!... ¡Respeta su vida! (Se interpone y se vuelve bruscamente al oir ruído en la puerta lateral izquierda, por donde sale Teresa.) ¡Teresa!...

ESCENA XI

DICHOS y TERESA

TER. (Acudiendo precipitadamente al lado de Soledad.) ¡Diego!... ¿Tú en esta casa?... ¿Tú aquí, Santiago?...

DIEGO (Con energía.) ¡Silencio ahora, Teresa!

SANT. (Con sarcasmo.) ¡Sí, proteged al burlador! (Mostrando á Soledad, que se queda en actitud de defender á Diego.) ¡Linda salvaguardia para tu pecho, cabecilla, el pecho de una perjura!

DIEGO (Tratando de rechazar á Soledad.) ¡Oh, basta, basta!... ¡tu vida á cambio de tanto insulto!

SANT. (Señalando la puerta.) ¡Ven á tomarla!... ¡Te la ofrezco en un duelo á muerte, á cambio de la tuya!

SOL. (A Diego.) ¡Perdón para él!... ¡Tú no puedes batirte, Diego!

TER. (Con terror.) ¡Silencio, por Dios!...

SOL. (Mirando con espanto hacia las puertas de la izquierda.) ¡Oigo ruído!... ¡Los criados pueden venir y alguno dar parte!... ¡Vete!...

DIEGO (A Santiago, separando el cuerpo de Soledad.) Esa mujer que has insultado en mi presencia, ha sido esta noche tu ángel tutelar: ¡no lo olvides, Santiago!

TER. ¡Vete, Diego!...

SOL. ¡Sálvate!...

DIEGO (Con ira, sin hacer caso de las súplicas.) ¡Admirable ocasión se te presenta, oficial republicano, para denunciar á tu enemigo!

SANT. ¿Una denuncia?... ¡Oh, no!... ¡Vete; yo te seguiré á distancia para proteger tu libertad!... ¡Vuelve á tus trincheras, remóntate á las

cumbres inaccesibles de tus montañas, vete sin miedo, que yo sabré encontrarte enmedio de tus voluntarios, para arrancarte el corazón! (Diego, con brusco ademán, recoge la capa de la butaca, echándosela al brazo, se marcha por el foro, haciendo un signo de amenaza. Santiago, con el brazo enérgicamente extendido hacia la puerta, queda en actitud arrogante. Teresa sostiene á Soledad, que cae medio desfallecida en sus brazos.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior de una ermita en las Provincias Vascongadas. A la derecha una ancha puerta abierta, que da al campo, y á su proximidad varios cajones de munición en pirámides, sacos de provisiones, mantas y armas. A la izquierda, en segundo término, un altar pobre con una imágen, y sobre el mismo una cesta, dos bayonetas y dos faroles apagados; delante del altar, una mesita de pino y dos sillas pobres. Al fondo, una puerta pequeña de orden gótico, como la puerta principal. Un vigilante con bayoneta pasea por delante de la puerta del foro.

ESCENA PRIMERA

LOMA. Sentado á la mesa escribiendo una carta

(Suspendiendo la escritura y guardando la carta en el sobre.) Satisfice el tributo á la familia. (Se levanta, cerrando la carta.) ¡Quién pudiera abandonar esta guarida de lobos con igual facilidad que la carta! (Marcha hacia la puerta de la derecha.) Es extraño que no esté aquí ya el capitán Nogales renegando y tratando de cubrir con sus gritos la bondad de su corazón de soldado. ¡Pobre veterano, esclavo de su deber, sin más ley que la ordenanza!... ¡Ah! (Mirando por la puerta de la derecha.) ¡Ya lo tenemos aquí! (Separándose para dejarle paso.) ¡Atención!

ESCENA II

LOMA y NOGALES. Este entra precipitadamente

NOG. Se ha lucido usted, teniente Loma. Las municiones ahí tiradas, como si esto fuera un polvorín. ¿Si creerá usted que se halla todavía en Toledo deletreando el libro de la milicia?

LOMA Pero, mi capitán, si la construcción del blockhaus...

NOG. ¡El blocaus, el blocaus! ¡Siempre me viene usted con latinajos y monsergas! Nosotros, los que hemos salido de las filas, no necesitamos estudiar otro libro que el corazón tan hermoso del soldado.

LOMA Sin embargo, capitán, la ciencia...

NOG. ¡La ciencia!... El remington para empezar, los puños para concluir. (Sentándose al lado de la mesa.) ¿Y los prisioneros? (Señala la puerta del foro.)

LOMA Sin novedad. Me preguntaron si se había recibido contestación al parte que usted dió de su captura.

NOG. (Bruscamente.) A mí nadie me contesta... ni les importa á ellos. ¡Contestarme!... ¿Y para qué? ¿Qué mejor situación que la nuestra, defendiendo con cien hombres una ermita de papel de estraza, contra los cinco batallones que tenemos allá enfrente? ¡Nada, teniente Loma, quieto al pie del cañón, y al que no le guste la guerra que se meta á cantar misa!

LOMA Pero, mi capitán, si nadie se opone...

NOG. ¡Silencio, teniente Loma! Aquí no hay más remedio que aguantar el palo, y al que le flaquee el ánimo lo fusilo, porque donde está el capitán Nogales no hay más que la ordenanza.

LOMA (Mirando el reloj.) Y la comida.

NOG. (Con satisfacción.) ¿La comida? Está bien, teniente Loma, porque tengo un apetito... (Con

repentino acento iracundo.) Pero, ¡lo primero de todo es la ordenanza!

LOMA (Llamando hacia la derecha.) ¡Chiuti!... ¡Machacante! (Espera en el centro de la escena la llegada de Manuel y Pelayo, que entran por la puerta de la derecha, el primero de prisa, el segundo pausadamente.)

ESCENA III

DICHOS, MANUEL y PELAYO. Los dos últimos se cuadran

MAN. ¡Zeñorito!...

PEL. ¡Señor!...

LOMA Vamos, vivos, á poner la mesa. (A Pelayo.) Que aprendas pronto. (A Manuel.) Y tú, enséñalo bien; pero sin contagiarlo con tus picardías.

MAN. Dezcudie ozté, zeñorito. (Se queda cuadrado así como Pelayo.)

LOMA Ahora, mi capitán, si quiere usted que le explique mi proyecto mientras nos preparan la comida... (Con entusiasmo.) ¡Oh, la desenfilada es perfecta!...

NOG. Sí, perfectamente inútil. (Marchando hacia la puerta principal.) Vaya, basta de desenfiladas, y en vez de líneas y de trazados mucho corazón, pollo, mucho corazón y mucha ordenanza. Recuerdo que en Sierra Bullones... (Se pierde la voz al retirase por la derecha.)

ESCENA IV

MANUEL y PELAYO

MAN. Ea, al avío, y á poné la meza máz vivo que una zenteya. (Parándose delante de Pelayo.) Escucha; ¿tú zabe lo que ez poné la meza?

PEL. Malus diablus me lleven; ¿pues no lu he de saber, Manuel?

MAN. (Con indignación.) ¿Tú zabez toa la cencia que ze necezita pa poné una meza en campaña?

Arrepara y apriende, Pelayo. (Saca de la cesta que está sobre el altar, una servillet. más pequeña de dimensiones que la mesa.) Ze coge ezta zervilleta y ¿vé?... ze tiende azina... (Queda al descubierto una parte de la mesa.) y ze tira de aquí... (Cubre un lado y descubre el opuesto, pasando á él.) y ze tira de acá. (Vuelve á pasar al otro lado con alguna sorpresa.) Y ze tira de aquí...

PEL. (Con sorna, tirando del mantel.) Y se tira de acá. Ya sé puner la mesa, Manuel.

MAN. ¡Ezo ez!... Ahora ze ponen los candeleros. Vamoz á vé cómo ponez loz candeleroz.

PEL. ¿Lus candelerus? Tú quieres decir lus faroles. (Señala los del altar.)

MAN. No, Pelayo; ¿crees que ze van á alumbrá como laz ánimaz der purgatorio?... Mira. (Se dirige al altar y toma dos bayonetas desnudas.) Eztoz zon loz candeleroz. (Clavando una á cada extremo de la mesa.) No ze te orvíe, que como zigaz á mi lao vaz á cortar un pelo en el aire cuando cojaz er canuto. (Saca de la faja dos pedazos de vela.) Ahora ze ponen eztaz velaz que apandé en er pueblo. (Colocándolas en los cubos.) ¡Azina!... ¡Ezo ez!... (Dirigiéndose con febril actividad al altar y á la mesa conforme lo vaya exigiendo el diálogo.) Empuez ze limpian con azeo eztaz cucharaz (Les echa el aliento y limpia después con un pañuelo grande de yerbas que saca de la faja.) y ze pone una aquí pa er capitán... y ezta allá pa er tiniente. Ea, ahora á poné loz platoz. (Saca dos del cesto.) Mucha limpieza, Pelayo... (Los va limpiando con la rodilla y colocándolos en donde están las cucharas.) Mucha limpieza, que tú no zabez otavía lo delicaoz que zon loz zeñoritoz... ¿Qué jacez ahí parao? Abre de zeguía la lata de zardinaz. (Mientras Pelayo saca del cesto la lata, Manuel coloca los platos.) Date prieza, que ez muy tarde. (Coge un plato.)

PEL. Toma, Manuel. (Le entrega una lata abierta.)

MAN. Venga pa acá... (Volcando la lata.) ¡Ay, Pelayo, qué jermozaz... qué relucientez y qué zaludablez!... (Las huele con codicia y hace un gesto de sorpresa.) Pero, ¿no te parece que eztaz zardinaz no eztán güenaz?... ¿Zi laz habrán enve-

nenao loz *carcaz?* (Con fingida indignación.) ¡Ezo no... Pelayo!... er debé de un güen aziztente ez zacrificarze por zu amo; zi le puen jacer daño laz máz chicaz, debe uno jamarze laz máz gordaz. (Coge una sardina y la come, mirándole con codicia Pelayo.)

PEL. (Aproximándose.) Es que yo quieru morir si tú mueres.

MAN. ¡No, dezgraciao... ¡Ejame á mí zolo!... ¡Ezto ez való, Pelayo! (Con la boca llena.) ¡Eztoz zon loz corazonez de loz hombrez!... ¡Yo zolo me zacrifico! (Separando el plato vivamente al ver la mano de Pelayo, que trata de coger una sardina.) ¡Arrea ayá!... ¿Que vaz á jacer?

PEL. Sacrificarme también.

MAN. No; entre doz que ze quieren, con uno que riviente bazta. (Pone el plato en el centro de la mesa.) Ea, ya eztá puezta la meza. (Con acento asustado mirando hacia la puerta de la derecha.) ¡Cuádrate, Pelayo, que ya vienen! (Los dos se cuadran.)

ESCENA V

DICHOS, NOGALES y LOMA. Los dos últimos entran en escena. Nogales leyendo un oficio; detrás, á corta distancia, Loma. Manuel sale por la misma puerta, y entra al poco rato con una cazuela que coloca sobre la mesa

NOG. (Guardando el oficio con aspecto colérico.) ¡No está mal!

LOMA Buenas noticias, ¿eh?

NOG. ¡Buenas! ¡muy buenas! (Pasea con agitación.) ¡Esta milicia se acaba!... (Deteniéndose bruscamente y con acento iracundo.) ¡Vaya si se acaba!... Ahora llega el comandante del Río con dos compañías... ¡Don Santiago del Río! un chiquillo hecho comandante á los dos meses de llegar al Norte.

LOMA ¡Es claro! Si se batió como un héroe..

NOG. ¡Como un héroe!... ¡como un héroe!... Y, dígame usted, ¿cómo se baten los héroes?... ¿Cómo me bato yo, teniente Loma? Pues

qué ¿no presento el pecho á las balas.. así, de frente, y sin pestañear como indica la ordenanza? (Volviendo á su paseo agitado.) ¡Vaya!

LOMA No hay duda, pero... ya ve usted que el entonces capitán del Río sorprendió con un puñado de hombres á ese mismo titulado general, salvándole la Providencia, ¡que si le echa mano!...

NOG. (Deteniéndose bruscamente.) En cambio yo se la eché, y bien echada, teniente Loma, que ahí lo tengo prisionero. (Señala la puerteeita del foro.) ¡Esta entrega del mando!... ¡vaya, que no debiera ser! ¡Esta ermita es mía... es mi patria, y esta guarnición es mi familia! ¿voy á dejarla en otras manos teniendo en frente al enemigo? (Vuelve más enfurecido á pasear en el momento de entrar Manuel con una cazuela que pone sobre la mesa.)

LOMA (Alegremente.) Mi capitán, á la mesa, que los duelos con pan...

NOG. (Con acento furioso.) ¡No hay que equivocarse! ¡con galleta! (Señalando á Loma una silla y sentándose en frente.) Siéntese usted, y á comer bien, sin remilgos, pollo. Recuerdo que en el campamento del Hambre... allá en Africa... (Se sirve y suspende el movimiento de la cuchara al oir un «¡Quién vive!» que gritan fuera por la derecha.) ¿Han dado el alto?

LOMA Me ha parecido... (La misma voz. «¡Qué regimiento!» Levantándose al mismo tiempo que Nogales.) No hay duda. Voy á averiguar qué pasa. (Sale por la puerta de la derecha. Manuel enciende las velas de la mesa y Pelayo un farol que lleva por el foro á la habitación de los prisioneros; sale y se retira por la puerta de la derecha. Se retira por la misma puerta Manuel, llevándose la cazuela. Obscurece rapidamente al exterior.)

ESCENA VI

NOGALES

¡Bah! Una falsa alarma; bultos que el crepúsculo aumenta; ¡es tan peligrosa la obscuridad para la imaginación del soldado! (Pensativo.) Si se aproximara el enemigo... (Con acento amenazador, tendiendo el puño hacia la puerta de la derecha.) Si esa camada de cachorros á la que he arrebatado el león (Señala la puerta del foro.), quiere tomar venganza cazando al cazador. . oh, entonces ya conocerían al capitán Nogales... al viejo capitán Nogales, muy viejo de piel, pero con el alma tan joven como la del que viene á arrebatarme, con el mando de la ermita, la muerte honrosa ó el empleo de jefe, ganado á pulso por este veterano de Africa. (Se da un fuerte golpe en el pecho, y á medida que habla se va aproximando á la puerta de la derecha, dirigiendo la palabra á Loma antes de entrar éste en escena.) ¡Vivo... vivo, teniente Loma! (Al penetrar Loma en escena.) ¿Ocurre alguna novedad?

ESCENA VII

NOGALES y LOMA

LOMA (Deteniéndose á la proximidad de Nogales, y con acento alborozado.) Y grande, mi capitán; por el camino de la avanzadilla ha llegado una señora.

NOG. (Con sorpresa.) ¿Una señora? (Con acento iracundo.) ¿Una mujer en esta ermita?... ¿Y para qué necesitamos eso?

LOMA (Sonriendo y con acento intencionado.) ¡Oh... necesitarla!...

NOG. (Con severidad, tomando asiento al lado de la mesa.) Que se retire en seguida... ¿Faldas en esta

ermita, teniente Loma?... ¡Pues no faltaba más!

LOMA Pero, mi capitán...

NOG. Silencio, teniente Loma; ¡quién sabe si será una espía!... ¿usted la ha visto?... ¡Sí!... ¡seguro que ya la habrá usted hablado!

LOMA Mi deber...

NOG. Su curiosidad... ¿Qué trazas tiene?

LOMA (Con creciente entusiasmo.) El aspecto es de una señorita... el acento de ángel... la cara una divinidad.

NOG. Pues por donde ha venido que se marche... ¡Nada, nada! ¿No me ha oído usted?... ¡Que se marche!... ¡Vaya!

LOMA (Con acento suplicante.) Mi capitan... si usted la viese llorar con tanto desconsuelo... ¡Pide con tanta angustia ver á don Diego Alcázar!...

NOG. ¡No, señor!... Hemos terminado, teniente Loma; fuera esa mujer, y si no quiere irse, amenazarla con un tiro... pero (Cambiando el acento amenazador por otro compasivo.) cuidado... mucho cuidado con tirarla, ¡pues no faltaba más!

LOMA (Aparte.) (Yo que le había prometido... Probemos á convencerle.) Bien está; le comunicaré la prohibición, pensando en la diferencia que existe entre las máximas de la guerra y lo que se practica en los fuertes. (Se dirige pausadamente hacia la puerta.)

NOG. (Impetuosamente, levantándose.) ¿Qué está usted diciendo?

LOMA (Con calma, deteniéndose.) Pensaba en la ciencia de la guerra que ordena reconocer al enemigo...

NOG. Es claro.

LOMA ¿Claro? ¿pues no se le presenta una ocasión de cumplir con ese precepto y lo rechaza? ¿No sospecha de ella?... Entonces es un enemigo, y al enemigo se le sujeta á un interrogatorio.

NOG. (Aparte.) (¡Diablo!... ¡Tiene razón el teniente!) ¿De modo que usted cree?...

LOMA Que puede ser una espía.

NOG. Es verdad, teniente Loma. Vendarle los ojos y aquí en seguida. Recuerdo que cuando la ocupación de Tetuan...

LOMA Allí no había moras tan bonitas como esta. (Se retira por la puerta derecha.)

NOG. (Tomando asiento al lado de la mesa.) Es innegable que ese mequetrefe sabe... ¡vaya si sabe! El pollo ha estado en esta ocasión hecho un buen gallo de pelea. (Con trizteza.) ¡Nogales, Nogales, ya vas siendo viejo, hijo mío, y tienes que convencerte que de muy poco sirve esto (Se señala el pecho.) cuando falta esta! (Se da un golpe en la frente, dejando caer la cabeza en la mano con algún abatimiento.)

ESCENA VIII

SOLEDAD, NOGALES, RAFAEL y LOMA. La primera aparece en escena con los ojos vendados por un pañuelo blanco, guiada por Loma, que la conduce de la mano. Rafael la precede en igual forma, conducido por un soldado. Avanzan hasta el centro de la escena, donde se detienen

NOG. (Sin levantarse y con acento rudo.) Descubrirlos.

LOMA (Quitando á Soledad la venda.) ¡Valor!... Diríjase usted al que está sentado: es nuestro jefe.

SOL. ¡Oh! (Retrocede un poco con aspecto de terror al quitarla la venda Loma; Rafael, al descubrirlo el soldado, avanza con ademán enérgico, en actitud de defender á Soledad.)

NOG. (Levantándose.) Acérquese usted, señorita. (Amenazadoramente á Rafael, dando un paso hacia este.) ¡Y tú, atrás!... ¿Contra quién vas á defenderla?

RAF. (Retrocediendo un paso y con acento uraño. ¡Zeñó!...

NOG. ¡Silencio!...

SOL. (Suplicante, al ver un gesto amenazador de Rafael.) ¡Rafael!... ¡Perdónele usted, capitán!... (Con angustia, mirando rápidamente la escena.) ¿Dónde están los prisioneros?

NOG. Aquí no se le ha conducido para dirigirme preguntas, sino para contestar á un interrogatorio... ¡Pues no faltaba más!

SOL. (Retrocediendo con terror.) ¡Dios mío!...

RAF. (Con acento indignado, avanzando.) Zeñó capitán, ezta zeñorita eztá mú acostumbrá á que ze le jable con rezpeto...

NOG. (Avanzando amenazador.) ¿Qué estás diciendo?

SOL. ¡Por Dios, Rafael!

RAF. (Mudando rápidamente de tono.) Y ez claro como el agua, que ze azuzta de tóo... de laz armaz... de zuz palabraz...

NOG. ¡Basta... y que Dios te libre de interrumpirme de nuevo, porque si lo haces!... (Reprime un ademán amenazador, al ver la actitud de angustia de Soledad, á la que se dirige con acento más dulcificado.) Nada tema, señorita; hay aquí demasiado honor para que la gente honrada se espante; (Mirandola con fijeza.) únicamente deben temblar los que bajo un pretexto falso, ocultaran un mal designio, el designio de romper la incomunicación de los prisioneros, ó la pretensión de reconocer un fuerte. (Pequeña pausa.) Ahora contésteme la verdad: ¿qué objeto le ha conducido aquí?

SOL. Pues sólo el ver á los prisioneros carlistas que usted guarda... (Sollozando.) y si me fuera posible, compartir con ellos las tristezas y los peligros de su cautiverio.

NOG. ¿Usted ignora que están prohibidas las entrevistas con los prisioneros de guerra?

SOL. Lo ignoraba, señor capitán, pero ¡soy yo tan poco peligrosa!...

NOG. (Bruscamente.) Los confidentes del enemigo lo mismo pueden llevar faldas que pantalones.

SOL. ¡Oh!... (Solloza.)

NOG. (Algo conmovido y con precipitación.) No... no... no quiero decir, señorita, que usted lo sea; pero la ordenanza... ¿Quién me responde de usted?... ¿Conoce á algún jefe del ejército?

SOL. (Con alegría y viveza.) ¿Que si conozco?... (Con gran sentimiento de amargura, como si evocara un triste recuerdo.) ¡Ah, no!... He conocido, pero... ¡pero ya ha muerto!...

NOG. De modo que usted pretende...

SOL. Ver al general Alcázar.

NOG. ¡Al titulado, señorita, al titulado! Aquí no

hay más generales que los del ejército. (Con más dulzura.) ¿Qué lazos le unen á usted con él?

SOL. (Con turbación.) ¿Con el general Alcázar, capitán?... pues los lazos de... de la amistad... de la afección...

LOMA (Aparte.) (¡Malo!)

NOG. De la amistad, ¿eh?... ¿Cuál es su nombre?

SOL. Soledad.

NOG. ¿Soledad?... Bien, pero ¿Soledad qué?

RAF. Zeñó capitán, de la Ezperanza. (Precipitadamente.)

NOG. ¿Ha visto al enemigo durante su viaje? ¿Puede calcular sus fuerzas?

SOL. No, señor; sólo veía el monte altísimo y la ermita blanca asentada en la cumbre; sólo sentía anhelos por llegar, terrores de ser rechazada, la agonía de mi espíritu al cruzar por mi mente el pensamiento de no ver más á la persona querida que usted guarda prisionera.

NOG. ¿De modo que usted se niega?...

SOL. (Con angustia.) ¡Si nada he visto, capitán!...

NOG. ¡A ver, teniente Loma, ya que esta señorita es ciega, la tengo por sospechosa! Condúzcala usted hasta cien metros del fuerte.

LOMA (Aproximándose á Soledad, con el pañuelo.) ¡Perdón, señorita!... (Se dispone á vendarle los ojos, y la habla aparte.) (¡Suplíquele usted... tiene buen corazón!)

SOL. (Avanzando hacia Nogales, separando antes el pañuelo de sus ojos.) ¡Por Dios, capitán!... ¡crea usted en mis palabras! El temor á los peligros... el ansia de verle... mis sueños de paz, han borrado de mi memoria todo recuerdo de la guerra... ¿Soy culpable por eso?... ¡No me rechace sin escucharme!... ¡No soy lo que usted se figura!... ¡no entiendo nada de la milicia... de los horrores de esta campaña, pero no sé por qué presiento que me toma por una impostora cuando me niega esa entrevista! (Solloza.) Usted es bueno, capitán... Esa cara de soldado honrado no miente... ¡no! no puede tener el corazón tan duro que re-

chace en estas montañas á la débil mujer que se entrega á su hidalguía.... No, usted no puede abandonar á la infortunada que si ha llegado hasta aquí, es porque la escuda el honor de un soldado.

NOG. (Bruscamente ocultando su emoción.) ¡El honor es la ordenanza, señorita!...

SOL. (Con energía.) ¡La ordenanza es el honor! ¿Pueden esas páginas sublimes del soldado aconsejar que se desampare al sér indefenso que implore su protección?... ¡Oh, no! ¡Cada máxima de ese dogma debe llevar al alma del soldado la generosidad y un tesoro inagotable de sacrificios y de clemencias!... ¡Sí, de clemencia, capitán!... ¡de esa clemencia que es tanto más hermosa, cuanto más fuerte es el que la emplea con el infortunio!... ¡No me desampare, por Dios!... ¡Concédame la entrevista, pensando en los tormentos... en los peligros... en las humillaciones que he sufrido hasta llegar á su prisión!.. ¡Piense en la desdichada que abandona la familia para cumplir un deber sagrado, y cuando cree poder estrechar un pecho querido, que se le arrebate sin compasión ese consuelo!... ¡Oh!... (Solloza.) ¡Usted no puede hacer eso!... (Tomándole una mano con angustia, que Nogales abandona después de breve y débil lucha, volviéndole algo la espalda para ocultar su turbación.) ¡Usted debe tener hijas tan buenas... tan generosas como su padre!... ¡piense usted en ellas al ver mi infortunio... piense en la desgracia imprevista que las arroje fuera del hogar honrado, y sólo encuentren, tras de un largo martirio, la indiferencia que aniquila ó la injuria que mata!

NOG. (Conmovido.) ¡Señorita!... (Se limpia en un movimiento brusco y disimulado los ojos.)

SOL. (Con acento en donde brilla la esperanza.) ¡Sí, capitán!... ¡usted se compadece de mí!... Usted se compadece, ¿no es verdad?... ¡Sí... ya distingo las lágrimas benditas que rebosan humedeciendo sus ojos de ancianol... ¡Ah, no!... ¡ya no me rechaza!... ¡La desvalida

encontró la mano leal que la sostenga!... ¡Ya no me arroja de aquí, porque ahora adivino que si tiene una ordenanza en su cabeza, tiene otra ordenanza en su alma! (Lo mira con ansiedad; Loma se aproxima, colocándose algo detrás de Nogales y á su izquierda.)

NOG. Bien quisiera, señorita, pero...

LOMA (Al oido de Nogales.) Puede traer una misión secreta. ¿Por qué no se la concede?

NOG. (Con acento de sorpresa.) ¡Es verdad!... Pero, ¿y si?...

LOMA (Enérgicamente.) ¡Sin temor, mi capitán! (Se separa algo.)

NOG. (A Soledad.) Señorita; le concedo la autorización para que vea á los prisioneros.

SOL. (Con efusión.) ¡Oh, gracias, capitán!... ¿En dónde se hallan?

NOG. (Señalando la puerta del foro.) Allí. Vaya usted, y perdone á este rudo veterano si en algo la he ofendido.

SOL. ¿Perdonarle yo, cuando mi agradecimiento es tan grande como su bondad? (Se retira por la puerta del foro seguida de Rafael; el soldado vase por la derecha á un signo de Loma.)

NOG. (A Loma.) Nunca podrá convencerme de que no he faltado á la ordenanza. (Se sienta preocupado.) Y ahora veremos al nuevo jefe cómo le sienta la contravención á órdenes rigurosas.

LOMA ¡Oh, el comandante del Río!...

NOG. (Interrupiéndole bruscamente.) ¡El comandante del Río! ¿Usted se figura que son todos tan tiernos como este viejo inútil?

LOMA Yo creo...

NOG. ¡Silencio, teniente Loma! ¿Pretende acaso?. (Interrumpe la frase una corneta que toca atención con notas rápidas y amortiguadas por la distancia.)

LOMA Los refuerzos.

NOG. Vaya usted á ver y si son, avíseme. (Se levanta y aproxima lentamente al altar, cogiendo su espada.) Todavía tardarán en llegar. Está esa maldita cuesta... (Se ciñe la espada y dirige hacia la puerta de la derecha.) Vamos á recibir al comandante del Río... ¡Comandante á los veintio-

cho años!... (Con acento y ademán furibundos, dirigiéndose á la puerta de la derecha, deteniéndose con sorpresa antes de llegar á ella.) ¡El comandante del Río!... (Avanzando rápidamente.) ¡Mi comandante!... (Se detiene y queda cuadrado al entrar Santiago, seguido de Loma.)

ESCENA X

DICHO, SANTIAGO y LOMA

SANT. (Adelantando con una sonrisa afectuosa y tendiendo la mano á Nogales.) Celebro, capitán Nogales...

NOG. (Interrupiéndole.) Dispénseme, mi comandate, que no haya salido á recibirle... Creí que me daba tiempo...

SANT. ¿Dispensarle, de qué? Me he adelantado á la fuerza, lo sorprendo, y al precipitarme, tengo la honra de estrechar antes su mano. (Comienza á quitarse la espada y ros, que deja sobre el altar.)

NOG. (Siguiéndole.) Gracias, mi comandante. Espero sus órdenes.

SANT. En este momento no tengo ninguna que comunicarle. Confío en su pericia para el alojamiento de la fuerza.

NOG. (Inclinando la cabeza en señal de agradecimiento.) ¿Tiene usted que darme algunas instrucciones sobre los prisioneros? (A Loma.) Usted puede retirarse. (Se va Loma.)

SANT. (Con perfecta indiferencia.) ¡Ah, es cierto! ¿Pues no me había olvidado de ellos? En este momento no recordaba que habían caído entre sus garras pájaros de tanta cuenta. Ha sido para usted, capitán, un golpe de fortuna, porque si no me engaña la memoria, esos prisioneros son mozos de calidad.

NOG. Ya lo creo, mi comandante; un general y un coronel.

SANT. Un general, ¿eh? Sabía que eran jefes superiores, pero...

NOG. Además, maté á su ayudante y á un ordenanza.

SANT. Reciba mi enhorabuena. (Saca un oficio y suspende la lectura al escuchar á Nogales.)

NOG. Mi comandante; pues es el caso que... uno, á veces... tiene debilidades, y, la verdad, no debo ocultarle lo que pasa en la ermita.

SANT. (Con una sonrisa.) ¿Qué ocurre?

NOG. Pues... que esta tarde, una señora ha querido ver á los prisioneros, y... ¿á qué negarlo?... no he tenido corazón para rechazarla... Me vencieron sus lágrimas y... ¡vamos, que accedí á su deseo! (Con acento avergonzado, y como furioso de sí mismo.)

SANT. Tranquilícese usted: su bravura juega bien con su bondad. Yo, en su caso, lo mismo hubiera hecho.

NOG. Pero la ordenanza...

SANT. ¿Y quién puede aplicarla al corazón? (Se sienta al lado de la mesa.) No le preocupe la concesión hecha á una desgraciada; además de que como jefe superior de la ermita tenía entonces derecho indiscutible á negar ó conceder esa entrevista... Dígame, ¿á qué casta pertenece ella?

NOG. ¡Pst! (Bajando la voz.) Yo creo que es la amante del titulado general.

SANT. (Con indiferencia.) Afortunado es. Así podrá figurarse que tiene un ángel en su prisión; pero durará poco ese idilio, porque tengo orden de entregarlos á la columna Rabasa. (Lee el oficio.) Aquí se omiten, por ignorancia ú olvido, los nombres de los prisioneros. (Sigue leyendo.)

NOG. El titulado coronel se llama Juan de Mena.

SANT. (Distraidamente cesando de leer.) ¿Decía usted?...

NOG. Que el coronel se llama Juan de Mena, y el general Diego Alcázar.

SANT. (Levantándose impetuosamente y con acento de sorpresa.) ¿Diego Alcázar?...

NOG. Qué, ¿lo conocía usted, mi comandante?

SANT. (Dominándose.) Sí... hace ya muchos años... Creo que fuimos compañeros de colegio. (Aparte con acento de ira y muy excitado.) (¡Entonces, esa mujer!... ¡Ah, sí!... ¡esa mujer es Soledad!...)

NOG. (Aparte.) (¡Es extraño!... ¿Qué le pasará al comandante?) Si no me ordena usted nada, voy á ver cómo se han colocado los muchachos.

SANT. Sí; vaya usted, capitán. (Se sienta. Nogales se retira por la puerta derecha.)

ESCENA XI

SANTIAGO y CENTINELA; éste situado á la puerta del foro; Santiago sentado

SANT. (Volviéndose sin levantarse.) Ven acá. (Dominando la ira cuando se le aproxima el centinela.) ¿Es ahí donde están los prisioneros?

CENT. Sí, mi comandante.

SANT. ¿Estabas de facción cuando entró una señora?

CENT. Sí, mi comandante.

SANT. ¿Oiste lo que hablaron?

CENT. No; cuando entró oí llorar y besar; después nada.

SANT. (Aparte con terrible ira.) (¡Besos que beben lágrimas!) Está bien; retírate. (Se levanta y el centinela vuelve á su puesto.) Al fin la Providencia los coloca en mi camino, como las olas arrojan náufragos sobre los arrecifes para desgarrar sus carnes. (Dirigiendo el puño con terrible ira á la puerta del foro.) ¡Ah, Diego!... ¡qué poco va á durar tu fortuna!... ¡Grandes son tus ojos, Soledad... grandes como el abismo en que me arrojas; pero van á ser pequeños para tantas lágrimas como vas á verter por ellos! (Hace ademán de precipitarse sobre la puerta, y se detiene bruscamente.) ¡Calma!... ¿Qué voy á hacer? Mucho he soñado en estos dos meses con la venganza, pero debo evitar que la amante compare al preso con el carcelero, al vencido con el vencedor, que por extraña inclinación del alma de la mujer, también tiene sus apasionadas la derrota... (Exaltándose progresivamente.) ¡No!... Necesito mostrarme más generoso que el hombre al que le entregó su

honor.... quiero vencerle en generosidad, como necesito después matarlo en duelo; quiero poner á los pies de Soledad mi honra, mi vida, para obtener un chispazo... ¡sólo un chispazo, Dios mío! de la pasión que supe inspirarla en otra época, y que prosiga su vida con el remordimiento que enloquece ó con el remordimiento que mata. (Se deja caer en la silla y oculta la cabeza en las manos con gran desesperación. Breve pausa, y dominándose se dirige al centinela con acento brusco é imperativo.) ¡Que se me presenten los prisioneros! (Al ver que el centinela se dispone á abrir la puerta.) ¡Espera!... Esa mujer, que salga. (Vuelve á ocultar la cara en las manos, saliendo por la puerta del foro, y en este orden, Soledad, Diego, Juan y Rafael. El centinela se dirige á la puerta de la derecha, donde queda medio oculto para los personajes, pero no para el espectador. Soledad, Diego, Juan y Rafael, avanzan hasta el centro de la escena, sin dar muestras de conocer á Santiago, algo vuelto de espaldas á ellos; pero al detenerse queda Soledad en el centro, á su derecha Diego, á su izquierda Juan, y á la izquierda de éste, algo detrás de él, Rafael. Santiago, al sentir sus pasos ya próximos, se levanta y vuelve hacia ellos, quedando en actitud noble y tranquila. Al conocer los personajes citados á Santiago, todos hacen un movimiento de terrible sorpresa; Soledad de angustia; Rafael avanza de un salto, y se coloca delante de Juan, sacando del bolsillo interior del marsellés una ancha faca con funda de acero, que no desenvaina. Pausa breve.)

ESCENA XII

SOLEDAD, SANTIAGO, DIEGO, JUAN, RAFAEL y CENTINELA. Este, oculto por las cajas de municiones apiladas al lado de la puerta de la derecha. Diego adelanta y cubre con su cuerpo á Soledad.

SANT. (A Rafael con lentitud y calma amenazadora.) Guarda esa faca: ¿no ves que vengo sin armas? (A Diego cuando Rafael retrocede, guardando la faca.) No la escudes con tu pecho, Diego. (A Soledad.) Tranquilízate, Soledad, y perdóname

si por segunda vez soy un obstáculo á tu dicha. (A Diego que hace un ademán de protesta.) ¡No!... ¡no pretendas justificarla! ¿á qué abrumarme tratando de desvanecer cargos que no pienso formular?

SOL. (Tratando de separar á Diego.) ¡Santiago!...

JUAN (Avanzando y con acento solemne.) Comandante; ha llegado el momento de destruir su error, que puede conducirle á un abismo. Usted me conoce y no ignora que estas canas representan una larga vida de honradez, ¿no es cierto? Pues bien; si yo le dijera: «Respete esa afección de Soledad...»

SOL. ¡Por Dios, Juan!...

JUAN Nada temas, hija mia. (A Santiago.) Si la voz de mi honor le gritase: «Santiago, respete ese cariño que en nada altera los sentimientos de la amante; tregua á los malos pensamientos que le ciegan, respete á Diego Alcázar, siga adorando á Soledad» ¿continuaría sordo á mi voz su corazón?

SANT. La escucharía pensando que era usted otra víctima de sus burlas. No dudo de su veracidad; pero le tengo por un chasqueado: ¡si así no fuera, no me quedaría otro recurso que admirar esta congregación tan abundosa para el engaño! (Con extraordinaria energía, señalándolos con un rápido movimiento.

DIEGO ¿Engañarle, Santiago? ¡Ah, no... Soledad!...

SANT. Es inocente; ¿no era eso lo que ibas á decirme, Diego? (Aumentando el acento de frío sarcasmo.) Casto ángel que aguardaba ceñirse mi anillo de esponsales para franquear su puerta al amante clandestino... (Precipitadamente y con ironía.) ¡Oh, no!... no era mi objeto pronunciar el insulto; (Con exaltación tremenda.) pero para librarme de recuerdos que podrían convertir la hiel amarilla en venda roja que cubra mis ojos... (Con más calma.) yo te suplico, Diego, que no pronuncies su nombre en mi presencia.

DIEGO (Con indignación.) Esta mujer es pura como los ángeles del cielo. (Dulcificando el acento.)

Por encima del error está la Providencia, que desvanece sombras, aun cuando se padezca la ceguera moral que transforma la luz de la razón en tinieblas de la locura.

SANT. ¡Ella un ángel y yo un loco! ¡Cómo exaltas la excelencia de una mercancía para salir de ella! Podría pensar que ahora pasas por el despojo, porque sientes hartura de la dicha gustada...

DIEGO ¡Santiago!... (Amenazador. Todos hacen un brusco movimiento de protesta.)

SANT. Sí; tienes razón en protestar. De nuevo brota de mis labios el insulto, por más que lo contengo; pero ¡lo escupe con tanta fuerza el corazón!... (Con sonrisa irónica.) Ahora ya verás cómo no te mortifican mis frases, porque no he ordenado que te conduzcan á mi presencia para ofenderte, sino para recordarte una promesa.

DIEGO ¡Sí, un duelo! No es, ciertamente, mi situación la más favorable para recordarme un imposible. (Con amargura.) En la prisión ahora y el presidio en perspectiva, el insulto ó reto que pronuncie un hombre libre, tiene, por necesidad, que despreciarlo el prisionero.

SANT. (Precipitadamente y con gran energía.) ¡Oh!... no es culpa mía si al buscar al general victorioso sólo me encuentro con el general vencido. Al venir á estas provincias, donde ejercías un mando, no perseguía otro objeto que buscarte: así lo juramos en noche infausta... así vengo á cumplir mi juramento, para decirte: «La hora ha sonado... ¡tú ó yo!... ¡Los dos en este mundo, viviendo esa mujer, es imposible!

DIEGO (Con altivez.) No he olvidado mi promesa; pero ¿cómo he de batirme si no tengo libertad?

SANT. ¿Solo me exiges esa condición? (Pequeña pausa.) ¿Quieres ser libre para jugarte la vida? (Adelantando hacia Diego con noble ademán y acento solemne.) Pues bien, Diego... ¡yo vengo á darte la libertad!

SOL. ¡Oh!... ¡Desgraciado! (Hace un brusco movimiento hacia Santiago, y Diego la detiene. Los restantes demuestran su sorpresa en la actitud que toman; el centinela lanza una ahogada exclamación, que no es percibida por los personajes, y queda en actitud de extraordinario temor, bien visible para el espectador.)

JUAN ¿La libertad?...

SANT. (Con sonrisa irónica y actitud tranquila.) No hay que sorprenderse tanto. ¡Sí!... ¡la libertad!... (A Soledad.) Ya puedes estar satisfecha. (Con creciente exaltación.) Aquel hombre que te ofreció su vida, y soñaba con la mujer que había sido su única pasión; el que de amante se ha convertido en odioso obstáculo de tu dicha, y sólo sirve para evocar recuerdos que anublan tus placeres... ese hombre, funesto para tu nueva pasión, va al fin á desaparecer de tu vista para siempre... ¡por toda una eternidad! Va á faltar á sus deberes al frente del enemigo, abriendo á los prisioneros, confiados á su lealtad las puertas de su prisión. ¡A ese hombre funesto para tus amores, lo arrojas sin piedad en las negruras espantosas de la infamia! (Solloza, ocultando la cara con las manos.)

SOL. (Apasionadamente.) ¡Oh, no!... ¡Santiago mío, no!...

DIEGO (Conteniéndola.) ¡Soledad!...

SOL. ¡Déjame, Diego!...

DIEGO ¿Vas á buscar al que te insulta?

SOL. ¡Qué me importa, si es suyo mi corazón!... (Tratando de desprenderse de la mano de Diego.) ¡Suelta, por Dios!... ¡Ven, Santiago! (A Diego con energía.) ¿Por qué quieres impedirme que trate de recobrar lo que es mío? (Haciendo un violento esfuerzo.) ¡Suelta!... (Se desprende de la mano de Diego y se precipita sobre Santiago, que la rechaza, cayendo de rodillas.) ¡Oh, Santiago!...

SANT. (Al rechazarla.) ¡Apártate!... Mira, Diego, cómo se arrastra la culpable.

DIEGO ¡Ah!... (Avanza con aire amenazador, y lo detiene Juan.)

SOL. (Levantándose.) ¡No!... ¡Culpable no, Santiago!

DIEGO (Desprendiéndose de Juan y cogiendo á Soledad de un

brazo ¡No implores más. El hombre que duda de tí no es digno de tu cariño.

SANT. (Impaciente.) ¡Terminemos! (Dando un paso hacia Juan y con acento que reprime.) La noche avanza y ella protegerá la evasión. Usted, Juan, nos servirá de testigo. En cuanto á Soledad... (Queda pensativo al mismo tiempo que aparece el capitán Nogales por la puerta de la derecha, siendo detenido por el Centinela.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, NOGALES, CENTINELA

SOL. ¡No, Santiago, tú no puedes faltar á tus deberes!... ¡Ese plan es delirio de tu razón extraviada!

CENT. (A Nogales.) ¡Se escapan!

NOG. (Con sorpresa.) ¿Qué?... (Se pone á escuchar.)

DIEGO (Con profundo sentimiento.) ¿Debo aceptar el sacrificio de su honra? (Con energía.) ¡El duelo en esas condiciones, jugándose la vida por traidor, si la salva como caballero, es imposible!

SANT. (Con terrible ira.) ¡Oh!... ¿Ahora vas á negarte? ¡Cuidado, Diego, que á veces una falsa generosidad suele ocultar á un cobarde!

DIEGO ¿Cobarde?... (Se va á precipitar sobre Santiago, y lo detiene Soledad.)

SOL. ¡No... eso es imposible... no!

DIEGO ¿No? (En voz baja y rápida.) Elige, entonces, entre el duelo ó la explicación.

SOL. ¿Romper el juramento?... ¡Oh, Dios mío!... (Con desesperación.)

DIEGO Respeto tu deseo, Soledad... ¡Que la Providencia te proteja!... Santiago, estoy á tus órdenes.

SANT. Aguarda. Voy á alejar al centinela, y después saldréis envueltos en los capotes de mis oficiales. Yo les franquearé la salida.

NOG. (Con indignación.) (¡Traidor!...)

SOL. (Con desesperación.) ¡Pero eso es infame!... ¡No... no te deshonres!... ¡A tu nobleza le ahoga el

odio que te inspiro!... ¡No, Santiago mío, no cometas esa traición!

NOG. ¡Traidor el comandante del Río!...

SOL. ¡Aun es tiempo!... ¡Recuerda, Santiago, toda la pasión que te inspiraba!... ¡No te deshonres!... ¡No arrastres por el fango un apellido que era mi orgullo!... (Se aproxima.)

SANT. (Rechazándola.) ¡No te acerques!

SOL. ¡Santiago!... ¡Dios mío, va á perderse!... (A Diego, con exaltación, cuando éste se aproxima para retirarla del lado de Santiago.) ¡Oh, madre mía!... ¡Sálvalo, Diego!

DIEGO (Al oído de Soledad.) ¡El duelo ó la explicación! ¡Elige!

SANT. Llegó la hora. Vamos, Diego.

SOL. (Tratando de interponerse.) ¡No... el duelo no!... ¡Habla, Diego!...

SANT. (A Diego, con dureza.) ¡Aparta á esa mujer!

NOG. Si hacen armas, defiende el puesto.

DIEGO ¡Deja que el destino se cumpla!... ¡Sepárate, Soledad!

SOL. ¡Espera, Diego!... ¡Todo, antes que se derrame vuestra sangre!... ¡Escúchame, Santiago!

SANT. (Rechazándola.) ¡Ya es tarde!... ¡Aparta!... (Soledad cae en los brazos de Rafael. Santiago, seguido de Diego y Juan, avanza hacia la puerta de la derecha, cerrándole de pronto el paso Nogales. Al aparecer éste, todos retroceden; Nogales, á tres ó cuatro pasos de la puerta, se detiene con noble y enérgica actitud; á poca distancia de él, Santiago; más á la izquierda, Diego y Juan.)

NOG. (Al aparecer sobre escena.) ¡Alto!

SANT. (Retrocediendo.) ¡Capitán!...

NOG. ¡Entréguese usted, comandante!

SANT. (Avanzando sobre el capitán Nogales, y con acento de ira.) ¿Entregarme yo?... (Arrebatándole la espada con un rápido movimiento.) ¡Paso libre al prisionero!...

CENT. (Con voz estentórea.) ¡A las armas! (Cruza la bayoneta en la puerta.)

NOG. (Con calma sublime, mostrando el pecho.) ¡Hiera, mi comandante! ¡Sólo mi sangre puede limpiar esa hoja de las manos que la deshonran!

SANT. (Dejando caer la espada con horror.) ¡Dios mío!... (Se lleva las manos á la cara, que oculta, sollozando con desesperación.)

NOG. (A Loma, que aparece con la espada desnuda.) ¡Cogedme á ese traidor!... (Mostrando, con actitud serena, á Santiago.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa un calabozo espacioso de las prisiones militares de San Francisco. En el fondo dos ventanas con fuertes rejas; á la izquierda, una cama pequeña; en el centro, una mesita de pino, y sobre ella varios papeles, libros y recado de escribir; dos sillas blancas á ambos lados de la mesa. A la derecha y centro lateral, una puerta que comunica con un corredor. Este corredor termina al foro por una puerta abierta, y en el cenfro de él cuelga del techo un farol apagado. A la derecha una ventana con rejas. A la izquierda, la puerta del calabozo, con un grueso cerrojo; al lado de la puerta una silla. La escena en la primera hora de la mañana.

ESCENA PRIMERA

SANTIAGO, REQUENA (defensor) y CARCELERO. El primero escribiendo en la mesa. El Carcelero dormitando en la silla. Requena aparece por la puerta del foro, y apoya la mano en el hombro del carcelero

CARC. (Despertando sobresaltado.) ¿Quién va allá? (Se levanta restregándose los ojos.)

REQ. El defensor del comandante Del Río.

CARC. ¿Quiere usted verlo? (Se acerca á la puerta.)

REQ. Sí; voy á celebrar con él la última entrevista.

CARC. (Abriendo la puerta.) Mi comandante...

SANT. (Sin levantar la cabeza, prosiguiendo la escritura.) ¿Qué desea?

CARC. Su defensor quiere verle.

SANT. Que pase. (Sigue escribiendo, dejando la pluma y

levantándose al escuchar los pasos del defensor, que penetra en el calabozo.)

CARC. Pase usted, mi capitán. (Le deja el paso libre, cerrando la puerta con cerrojo y sentándose en la silla.)

SANT. (Levantándose y avanzando hacia el defensor.) ¿Es usted, Requena? (Le tiende la mano.)

REQ. (Estrechándole la mano con afecto.) Escribiendo, ¿eh? (Con fingida alegría.) ¿Qué tal la noche?

SANT. (Marchando hacia la mesa, donde se sientan, quedando á la izquierda Santiago.) Admirable; duermo como un gusano de seda. Si el Consejo juzgara el crimen que he cometido por el estado de mi conciencia, ¡con qué tranquilidad aguardaría su fallo! (Sonriendo con amargura.) Hay que convenir, amigo mío, en que el remordimiento es un mito.

REQ. Ciertamente, cuando el crimen imaginario no arguye á la conciencia.

SANT. (Con ironía.) ¡Pues ahí es nada, Requena! Un jefe acusado del delito de deserción al frente del enemigo; la entrega ó venta de prisioneros encomendados á su lealtad; la sospecha de que facilité al enemigo el ataque y toma de la ermita, antes de conducirme prisionero la columna Rabasa; la muerte heróica del anciano capitán Nogales; la sangre... (Con acento de gran dolor.) ¡la sangre de aquellos bravos que se honraban con mi mando y...! (Dominando el abatimiento y con sonrisa triste.) Pero ¿á qué hablar de esto? El crimen existe, Requena, el remordimiento, no. Y... ¿cómo tan de madrugada? Escasamente serán las siete.

REQ. ¿No recuerda que hoy es el día señalado para la reunión del Consejo que ha de rehabilitar su nombre?

SANT. No lo había olvidado, pero...

REQ. ¡Le sorprende la visita! Y sin embargo, nada más natural. Me he propuesto cumplir hasta lo último con mi deber de defensor, y vengo en la mañana del día supremo á obtener...

SANT. (Con firmeza.) ¡Nada Requena! Los únicos da-

tos que puedo facilitarle para la defensa, los tiene en mis declaraciones.

REQ. ¿Lo ha pensado usted bien? ¡Cuidado, que esas declaraciones pueden fulminar una sentencia de muerte!

SANT. ¡Qué remedio! ¡El que cometa un crimen que lo pague! (Con sarcasmo al principio, con acento amenazador al final.) ¡Todo... todo se paga, tarde ó temprano, pero se paga!... ¡Oh, sí; se paga!...

REQ. Cuando exista delito, y en este caso...

SANT. Es usted el único que no cree en su comisión; y, sin embargo, nada hay tan cierto. Gracias que hay un Dios de misericordia, que concede al criminal una rehabilitación póstuma al precio de su sangre. (Con profundo sentimiento.) ¡Yo seré rehabilitado cuando suene la descarga!

REQ. ¡Pero esto es horible! Usted me cierra implacablemente todo camino para cumplir con mi deber de defensor... ¡de defensor de un inocente!... (Interrumpiéndole un ademán de protesta.) ¡Sí; de un inocente que delata su locura, pero que declara en su mirada leal, que esos crímenes no ha podido cometerlos.

SANT. Todo es inútil, su insistencia en suplicarme diariamente, no me prueba más que la bondad de su corazón. ¡Ah, qué lucha entre la honradez y el crimen! (Señalándolo y señalándose.)

REQ. (Enérgicamente.) No; diga mejor: «¡Qué pugilato entre la razón que quiere salvar, y la locura que inclina el ánimo al suicidio!»

SANT. Llámela como más le plazca, Requena: locura ó razón, que eso, sólo Dios y mi conciencia pueden clasificarla, nada tengo que añadir, como no sean frases de infinito agradecimiento. (Con mayor exaltación.) Si en las regiones misteriosas que el cielo reserva al mártir ó al delincuente, hablaran nuestras almas, veríamos entonces de parte de quién estaba la razón ó la demencia. Aguardemos, pues, para esa entrevista suprema, el fallo divino inapelable.

REQ. Del Río, ¿es posible que no pueda quebrantar esa tenacidad suicida? ¡Por lo que más quiera!... (Con acento de enérgica súplica.) ¡Por el honor de su apellido mancillado, yo le pido...!

SANT. ¿Mi amistad?... Tómela, que el sentir su mano honrada, no sabe usted, Requena, lo que me tranquiliza el corazón. (Le da la mano, levantándose al mismo tiempo.)

REQ. No puedo perder un momento. El Consejo de guerra se reune á las ocho á oir la misa del Espíritu Santo...

SANT. (Con indiferencia.) Que él ilumine á los vocales.

REQ. Mal podrá inspirarlos si usted se empeña en cubrir de sombras su razón, para que la sentencia que lancen sea un irremediable error jurídico.

SANT. (Con sonrisa triste, marchando con Requena hacia la puerta.) Amigo mío, esa ley inflexible del Código, que condena ó absuelve... esa no se equivoca nunca.

REQ. (Deteniéndose próximo á la puerta.) ¿Es su última palabra? ¿Insiste en ocultar el móvil de su acción?

SANT. (Con energía.) Insisto en ilustrar á mi defensor con lo actuado. Lea mis declaraciones una á una; investigue los hechos sin profundizar para no mancharse de cieno, y verá entonces patente la traición.

REQ. (Con gran energía.) ¡No, mi comandante!... ¡No, no es eso!... ¡Miedo tengo de pensar!...

SANT. (Con noble ademán imperativo.) ¡Basta, Requena!

REQ. (Con gran sentimiento.) ¡Sí; ni una palabra más! Pero recuerde que en donde empieza el suicida termina el cristiano. (Le coge ambas manos con extraordinaria efusión; Santiago se las abandona inconscientemente, con la cabeza inclinada sobre el pecho con abatimiento. Requena llama y se retira cuando el carcelero le abre la puerta. Vuelve á cerrarla con cerrojo, acompañando á aquél y retirándose ambos por el foro.)

ESCENA II

SANTIAGO

¡Un suicidio legal!... ¡Es cierto!... Suicida es el que firma su sentencia de muerte guiado por su voluntad. Suicida el hombre que al verse acusado de delitos que no cometiera deja que los negros nubarrones, formados por falsas apariencias, se aglomeren sobre el puro cielo de su honor, en vez de barrerlos con el vendabal de su inocencia. ¡Falsos indicios robustecidos por mi afán de morir... de morir salvando la honra de Soledad, aun á costa de la mía!... Pero, ¡qué caro vais á pagar mi sacrificio!... ¡Oh, sí, qué caro!... (Con extremado rencor, mostrando el puño á la puerta.) ¡Hermosa vida te espera, Diego!... ¡Deja que el hastío se apodere del corazón de tu amante por átomos insensibles!... ¡Deja que piense... que piense esa mujer en el hombre que supo despertar su alma, y que va á terminar su vida maldiciéndola!... ¡Deja que el tiempo pase, y verás cómo á sus ojos se empequeñece tu figura para engrandecerse la mía! (Se deja caer con abatimiento en la silla al lado de la mesa, inclinando la cabeza sobre las manos con profunda desesperación.)

ESCENA III

SANTIAGO, JUAN, RAFAEL y CARCELERO. Este último aparece por la puerta del foro leyendo un volante y precediendo á Juan y Rafael, que avanzan hasta llegar á la proximidad de la puerta del calabozo

CARC. (Deteniéndose y mostrando la puerta á Juan.) Este es el calabozo.

JUAN ¿Debo conservar ese volante?

CARC. (Entregándole el volante.) Sí, señor; sin esa orden no podría volver á entrar en las prisiones.

JUAN (Guardándolo.) Está bien. (A Rafael.) Espérame aquí por si me fuera necesaria tu presencia.

RAF. Le esperaré, zeñorito.

JUAN (Titubeando cuando el carcelero va a abrir la puerta.) Un momento. Desearía me anunciara antes; ignoro si querrá recibirme tan temprano, y...

CARC. Como usted quiera. (Abre la puerta y penetra en el calabozo, quedando Juan en el dintel.) Mi comandante...

SANT. (Volviéndose bruscamente.) ¿Qué se le ofrece?

CARC. Ahí fuera aguarda su permiso para entrar un caballero...

SANT. ¿Su nombre?...

CARC. Don Juan de Mena.

SANT. (Con sorpresa.) ¿Don Juan de Mena? (Aparte.) (¿A qué vendrá ese hombre?) (Al carrelero con desabrimiento.) Dile que no recibo.

CARC. Es el caso que trae una orden del Capitán general...

SANT. (Interrumpiéndole con acento irónico.) ¡Ah!... ¿Usted cree que basta ese requisito para que yo lo reciba? (Levantándose en cólera.) En asuntos de índole privada, por encima del Capitán general está mi albedrío, y puedo desobedecer el mandato de la primera autoridad militar de la provincia. Dile que no recibo. (Se sienta.)

JUAN (Escuchando desde el dintel, y con acento emocionado, dando un paso por el interior del calabozo.) ¿Se atreverá usted á rechazar á este anciano?

SANT. (Aparte, levantándose.) (¡Ah!... ¡Juan de Mena!)...

JUAN (Avanzando más.) ¿Se atreverá usted, Santiago?

SANT. Tengo tanta hiel en mi alma que... la verdad, temo que una sola gota baste para que rebose.

JUAN (Aparte, emocionado.) (¡Desgraciado!)

SANT. (Con triste cortesía.) Por esa única razón lo rechazaba.

JUAN (Con afección, avanzando hasta Santiago.) No tema que vaya á aumentar sus sufrimientos... ¡oh, no!... usted no sabe toda la compasión que me inspira. Yo pretendo aliviarle de esa hiel que le está ahogando; no es otro mi objeto al verle que librarle de la deshonra que le amenaza.

SANT. (Con triste sonrisa.) Difícil misión se ha impuesto usted; penosa como áspero camino sin fin, que no conduce á ninguna parte. (Le indica una silla en donde toma asiento, sentándose en la otra.) Pero le escucho: hable usted.

JUAN En una hora solemne de la vida recuerde usted que le dije: «Santiago, respete esa afección de Soledad que en nada altera los sentimientos de la amante.» ¿Recuerda ahora mis palabras?

SANT. Como no he olvidado las mías. Escuché la confidencia; pero compadecí al burlado. (Lo señala.)

JUAN (Con vehemencia.) ¡Error tremendo!... ¡Juicio que falsea un espejismo engañador!

SANT. (Con desprecio.) Un alma falsa sólo puede ajustarse á una imagen falseada... ¡Ah!... pero no tema; voy á morir. Así podrá Diego darle su apellido á Soledad cuando suene la descarga.

JUAN (Aparte.) (¡Insensato!) (Con acento sentido y apasionado.) Escúcheme, Santiago; ¿usted no cree que pueda haber en la vida circunstancias que conduzcan á una situación, para la sociedad que la juzgue, engañadora?

SANT. Sí; la liviandad es un caso.

JUAN No; no es el nuestro.

SANT. Odiosa charada indescifrable es ésta; sofisma de un honor que naufraga, Juan; sin embargo, hable usted. Resuelto al sacrificio, ¿qué me importan unos cuantos minutos más de agonía? (Con sarcasmo doloroso.) Sí; hábleme usted de Soledad, de la mujer que tanto adoré... hábleme usted de ella... No puede haber tema que más me satisfaga en estos instantes... ¡Condene usted al amante burlado, que el Consejo de guerra está condenando al traidor! (Señala la puerta.)

JUAN (Con profunda conmiseración.) ¿Yo condenarle, Santiago?... ¿condenarle cuando no tengo bastante grande el corazón para admirar tanta nobleza? (Pasándose con movimiento rápido la mano por los ojos y mostrándola á Santiago.) ¿Ve usted?... ¡lágrimas!... ¡rocío del corazón que

al fin humedecen estos ojos de anciano, tan rebeldes para el llanto!... ¡Yo condenarle cuando sólo me produce admiración su conducta ante el fiscal, tratando de salvar la honra de la mujer que amó á costa de su sangre!... ¡Oh, no!... ¡no sabría condenar al mártir que se sacrifica.. al hombre que pudiendo obtener de sus jueces una condena leve, se obstina en no obedecer otro mandato que el de la voz de su conciencia!... ¡No... no podría condenar al caballero, que hace una reliquia de su silencio; al que podría salvar su honor y su vida, sólo con esclarecer los hechos.

SANT. ¿Y usted sabe cuál es esa declaración? Pues voy á decírsela para despejar misterios. (Con una sonrisa triste.) Seguramente que bien fácil me sería gritarle á mi defensor y declarar ante él juez de mi proceso: «No soy el traidor á quien va á juzgar el Consejo; no soy el desertor infame vendido al oro del Pretendiente, que abre á sus voluntarios las puertas de una fortaleza... (Exaltandose progresivamente.) soy el amante burlado .. el hombre escarnecido por la mujer amada, por la misma que encontré en la ermita con el que me había despojado robándome mi tesoro... ¡No es un soldado traidor al que acusais, sino al caballero cegado por la venganza, que si abrió las puertas del calabozo al prisionero, fué para matarlo ó morir en desafío, pecho contra pecho, mi acero contra su acero, mi odio contra su odio!... ¡Yo soy inocente... Soledad culpable!... ¡Conserven ahora mi vida á costa de esa mujer!...» ¡Oh, cuánta nobleza, Juan de Mena!... ¡cómo me ennoblecía esa declaración! (Sepulta la cara en sus manos con desesperación.)

JUAN Santiago, perdóneme si vengo á aumentar sus amarguras.. ¡Ahora comprendo por qué le adora tanto Soledad!

SANT. (Con acento de ira, haciendo ademán de levantarse.) ¿Que me adora? (Sentándose y dominando el acento rencoroso.) No... no profanemos ese nom-

bre; vamos á llamar á ese sentimiento que le inspiré en otra época, pasión grosera de la hembra... impulsión vulgar hacia el hombre que despertara sus sentidos para olvidarlo después... ráfagas abrasadoras del deseo... fuego de pasiones bastardas sin un solo sentimiento noble en el corazón.

JUAN (Con amargura y ligero acento de reproche.) Y siendo usted el único dueño de ese corazón tan calumniado, ¿por qué no quiso estudiarle fibra á fibra?.. ¡Cómo transforma al hombre la sospecha!... ¿Ha podido olvidar en una hora toda una existencia consagrada á la virtúd; su amor hacia usted invariable; la pureza de sus pensamientos, la inocencia de su alma?

SANT. (Con amargura.) Inocente como la calma engañadora de las aguas, muy puras y de admirable transparencia para ocultar mejor el abismo.

JUAN No; ficción de sus sentidos que creen en una falta; tenaz ceguera que toma por relámpagos un pobre rayo de luna. Falta imperdonable la suya, Santiago, tan imperdonable que con una sola palabra salvaba su honor puesto en entredicho.

SANT. (Levantándose impetuosamente.) ¿Una palabra?... ¿Qué está usted diciendo?... (Con ansiedad.) ¡Hable usted!... ¿Qué significa este nuevo enigma?... (Cogiéndole con movimiento nervioso una mano.) ¡Hable!... ¡Hable usted pronto!... (Con profundo dolor) ¿No ve usted que está jugando con el corazón de un condenado á muerte?

JUAN ¡Santiago... no puedo... no es mío el secreto!... ¡No puedo quebrantar una promesa!... ¡Sería una deslealtad!

SANT. (Con ira, soltando la mano.) ¡Ah, un nuevo engaño!.. No está mal tramada la comedia; pero el servir de intérprete de ella, el papel que desempeña es el de un personaje odioso.

JUAN Santiago... ¡cuán injustamente me insulta! No, no interpreto un papel odioso en esta tragedia de su vida; y para demostrarle que

en ella soy un amigo, casi un hermano, le propongo que le conceda á Soledad una entrevista: tal vez al verlo tan desgraciado rompa el silencio y proclame su inocencia.

SANT. (Aparte con sorpresa é ira.) (¡Soledad aquí para deleitarse en su obra!... (Pausa.) ¡Ah, qué idea!) (Esforzándose por aparecer tranquilo.) Accedo: dolorosa será la entrevista, pero quién sabe si en ella encontraré la paz.

JUAN (Con alegría.) ¿Que accede?... ¡Oh, gracias! (Dándole la mano con efusión.) Entonces, ¿me autoriza usted para decírselo á Soledad?

SANT. (Con acento enigmático y terminando en amenazador.) No tengo más que una palabra... ¡y que un solo pensamiento!

JUAN Pues me marcho confiando en su promesa. Soledad debe estar en la sala de visitas con Diego Alcázar...

SANT. (Con terrible acento, que reprime inmediatamente.) ¿Con Diego?... ¡Ah, perdóneme, amigo mío, (Con una sonrisa.) pero estas vibraciones de mis nervios... ya los tendré domados para la hora de la entrevista. (Acompañándolo hasta la puerta.) Marche usted que el tiempo apremia, y quedan muy pocas páginas ya en el libro de mi existencia.

JUAN (Llamando á la puerta.) ¡Valor y esperanza!

SANT. (Con una sonrisa irónica.) Que quiere decir corazón y candor, ¿no es eso, Juan?

JUAN ¡Busque la traducción en el cielo! (Al abrirse la puerta.) ¡Adiós, Santiago! (Sale del calabozo quedando cerrada la puerta.)

SANT. ¡Adiós! (Queda junto á la puerta breves momentos; después se aproxima lentamente á la mesa. Juan, al salir, cruza breves palabras con Rafael, y se va por el foro con el carcelero.)

ESCENA IV

DICHOS menos JUAN. Un momento después el CARCELERO

SANT. ¡Soledad aquí en la jaula de la fiera!... ¡Oh, no podía soñar con tanta ventura en medio de esta catástrofe! ¡No esperaba ver un rayo

de sol que despejara tantas tinieblas!... ¡Aquí Soledad!... ¡Aquí aproximándose al torbellino que da vértigos... al torbellino que arrastra! (Con una sonrisa siniestra.) ¡Oh... no podía concebir una dicha más completa!... ¡Verla... escucharla palpitante de terror, discutirme su honra palabra tras palabra, y después explicarle mis sufrimientos, mis amarguras, mi agonía lenta de sacrificado, para terminar diciéndole al oído mi pensamiento sobre los espléndidos funerales que se reserva un ajusticiado! (Señalando con el puño á la puerta y con acento de ira. Aparece por el foro el Carcelero, que se aproxima a Rafael.) ¡Sí, Soledad!... ¡ya verás qué funerales! .. (Se dirige á la mesa y se detiene para escuchar el murmullo de voces de los que hablan en el corredor, aproximándose de nuevo á la puerta.)

CARC. (Aproximándose á Rafael, sentado próximo á la puerta.) ¿Qué hay, amigo? ¿Tiene valor su amo?

RAF. ¿Mi amo? No tengo máz amo que don Diego Alcáza.

CARC. ¡Ah! ¿El general carlista que hemos tenido preso cuando vino el comandante Del Río?

RAF. El mezmo, zí, zeñó.

CARC. Buena suerte tuvo. Claro está; el que hizo la ley hizo la trampa, y de prisionero se convirtió en presentado, acogiéndose á la ley de indulto.

RAF. ¡Digo! ..

CARC. Sí; como su compañero don Juan de Mena. ¡Y en cambio ese infeliz!... (Señala la puerta del calabozo.) ¡Vamos, no hay justicia en la tierra! (Bajando la voz.) Cuentan que las declaraciones más favorables son las que dió el titulado general Alcázar.

RAF. ¡Ez naturá!

CARC. Ya lo creo; ¿cómo se van á morder los lobos?

RAF. (Levantandose con ira.) Aquí no hay máz lobo que zu lengua.

SANT. ¿Con quién disputa Rafael? (Sigue escuchando.)

RAF. Cuando ze jabla mucho, mucho ze jierra.

CARC. Hombre, no se amosque usted por tan poco. Lo que yo digo, dicho se queda, y aquí el

comprador se salva y al comprado se le fusila.

SANT. ¡Qué vergüenza! (Inclina con desesperación la cabeza, apoyando la frente en la puerta.)

RAF. Aquí no hay quien compre ni quien ze venda, ¿ezta ozté? Zolo la Proviencia ha tomao la vía de eze dezgraciao, y eza ha zío de barde.

CARC. Yo cuento lo que me cuentan.

RAF. Ozté debe cayá lo que no zabe.

CARC. (Con tono misterioso.) Yo sé muy bien lo que me digo. Hay quien dice que la causa de todo ha sido una mujer.

RAF. ¿Una mujé? (Dando un paso amenazador y conteniéndose.)

CARC. Sí; una señora que siendo la prometida del comandante se las guilló con el general carlista Alcázar.

SANT. (Dando con ira un golpe con el puño en la puerta, impulsado por la desesperación.) ¡Dios mío!...

CARC. (Engañado por el golpe, que toma por una llamada, y abriendo la puerta.) ¿Ha llamado usted, mi comandante?

SANT. (Con sorpresa.) ¡No!. . (Titubeando.) ¡Sí!... ¡Creo que sí!... ¡Espera!.. ¡Quiero ver á ese hombre!

CARC. (A Rafael desde la puerta.) El comandante le llama.

RAF. (Con sorpresa.) ¿A mí? (Entra en el calabozo, quedando en actitud respetuosa. El Carcelero hace un ademán de indiferencia, y se retira por el foro después de cerrar la puerta. Santiago espera con visible impaciencia la salida del Carcelero, y al quedar solos se aproxima á Rafael.)

SANT. (Con tristeza.) Amigo mío... En estas circunstancias más que amigo, hermano...

RAF. (Interrumpiéndole con vehemencia cariñosa, y aproximándose á Santiago.) ¡Claro, zeñorito; zi Córdoba, nueztra mare, noz ha amamantao á los doz!

SANT. Te había oído disputar con ese hombre, y he escuchado mi defensa... (Dándole la mano con efusión.) ¡Que Dios te lo pague, Rafael!

RAF. (Con emoción.) ¡Zeñorito!... ¡Ozté ze lo merece

tóo! Zi eze hombre zigue jablando mar de ozté, le jago una zeñá que ze la va é curá ar cimenterio. (Saca al mismo tiempo una faca del bolsillo interior del marselles, que guarda inmediatamente. Este movimiento debe ser muy rápido.)

SANT. (Aparte.) (¡Ah, si yo consiguiera esa arma!) ¡Feliz tú que puedes vengar las afrentas por tener las manos libres y el acero más pronto que el pensamiento... ¡Sí!... ¡Feliz tú, Rafael! (Pausa y prosiguiendo con acento de extremada amargura.) ¡Qué contrastes del destino! Héme aquí como res de matadero atada al poste; aquí me tienes aguardando la hora del sacrificio, y creyendo escuchar los pasos del fiscal para hacerme oir de rodillas mi sentencia... Sí; aquí me tienes condenado á pasar por las agonías de la capilla; al lento esperar de la amanecida horrible; á sufrir la curiosidad odiosa de tanto indiferente; á escuchar vulgares frases de consuelo, que sin despertar una sola idea religiosa, adormecida por el espanto, tienen el triste privilegio de llenar de hiel el corazón...

RAF. (Secandose rápidamente las lágrimas.) ¡Zeñorito de mi arma, zi yo pudiera zarvarle!...

SANT. (Con extremado sentimiento.) Ver á mis soldados, compañeros nobles de mis campañas, convertidos en pobres ejecutores inconscientes de la justicia militar... Subir al coche que cubre debilidades de la materia, ante el espanto por la vida que se va á perder... Sentir sobre mis ojos el lienzo compasivo que oculta horrores... Volver la espalda á las balas, ¡cuando con tanta frecuencia las he presentado el corazón!... Oir el golpe seco de los remington y la voz llena de angustia del compañero... ¡del hermano que confunde su voz de mando con el trueno que aniquila! ¡Oh, Dios mío... Esto es espantoso, Rafael!... (Pequeña pausa.) ¡Me aterra la muerte en esa forma odiosa!... ¡Me falta resignación para sufrir esa agonía tan lenta... para escalar, entre insultos, el Gólgota de la justicia humana! (Cogiendo una mano á Rafael.) ¡Tú me

quieres!... ¡Así me lo has dicho antes!... El mismo sol de Córdoba nos ha acariciado en la cuna como á hermanos... ¡sí, hermanos del alma, porque ambos queremos á aquella madre, que no volveré á ver más! (Reclina la cabeza sobre el hombro de Rafael, y después de momentáneo abatimiento la levanta con energía.) ¡Tú puedes ahorrarme esas torturas!... ¡Sí, en tu mano está el despejar de terrores mis últimos momentos!...

RAF. ¿Que está en mi mano, zeñorito?

SANT. Solo depende de tu voluntad... Déjame esa arma que guardas en el pecho, para no servir de blanco á mis soldados.

RAF. (Con acento de terror y sorpresa.) ¿Que yo le dé un arma?... ¡Oh, nunca!... (Retrocede horrorizado.)

SANT. ¿Qué temes, Rafael? (Avanza hacia éste.)

RAF. (Con extraordinaria emoción.) Ez que zi yo le entregara mi faca, zería lo mezmo... ¡vamos, lo mezmo que zi yo le diera la muerte!

SANT. (Con vehemencia.) No, Rafael; ese arma sólo la emplearía cuando desapareciera toda esperanza de salvarme, y entonces no serías tú el que me hirieses, sino la sentencia de un tribunal y mi mano, que, sin desfallecer, guiaría la faca al corazón.

RAF. ¡Zeñorito!...

SANT. Escúchame; ¿te atreves á negarle ese favor al que sabe perdonar á don Diego, y va á morir para que no salga escarnecido el honor de Soledad?... ¿Te niegas, Rafael?

RAF. ¿Yo negarme?... ¡No!... ¡Zi es que no quiero que ozté ze mate!

SANT. (Con mayor vehemencia.) ¿Rechazas al amigo su postrera súplica... la petición dolorosa que no se hace más que al hermano?... ¿Por qué me niegas esa arma que puede poner fin á mis sufrimientos?... ¿Prefieres que muera odiando, en vez de agonizar bendiciendo?... ¡Sí... bendiciendo la mano que me entregue esa arma redentora!... ¿Por qué te niegas, dime?... ¿Es que deseas prolongar el martirio de un desgraciado que no ha recorrido

más que las etapas dolorosas de la vida?... ¿El que muere como un delincuente sin haber cometido un crimen?... ¡Oh, qué cruel estás conmigo!... ¡Cuánta crueldad, hermano mío!

RAF. ¡Zeñorito de mi arma, no me jable ozté azí! (Con espanto, mirando al cielo.) ¿Zerá verdá, Dioz mío?...

SANT. (Con extremada vehemencia.) ¡Sí, Rafael; dame ese acero forjado por mi destino!... ¡Dámelo para que recuerde, en el momento de abandonar esta vida amarga, al amigo que me evita torturas espantosas... al hermano del corazón que sacrifica á un deber sublime el grito de su conciencia en rebeldía!... Dame esa arma... dámela, y te prometo que en el momento angustioso quedará junto á mis labios, para dejar impresa en su hoja el beso supremo que te dedicará el hermano moribundo!

RAF. ¡Zeñorito!...

SANT. ¡No quiero sufrir más!... ¡Tregua al martirio!... ¡Rafael, dame tu arma!

RAF. (Sacando como inconscientemente la faca, que Santiago le arrebata con alegría.) ¡No, por María Zantízima! (Solloza con la cara oculta por las manos.)

SANT. ¡Ah, gracias, Rafael! (Le abraza estrechamente, después de meter la faca entre la camisa y el pantalón de uniforme.)

RAF. ¡Que Dioz me perdone ezta mala acción!

SANT. Nada temas; que repose tu conciencia... ¡Ya verás qué justicia hago con este acero!... ¡Ya verás, Rafael!... (Siguen abrazados, besando repetidas veces Rafael la mano de Santiago.) Ahora, silencio, y júrame por nuestro santo patrón, que á nadie le referirás esta entrevista... ¡A nadie, hermano mío!

RAF. ¡No... á nadie! (Le besa de nuevo la mano con extraordinaria emoción, y se desprende, con un brusco movimiento, del pecho de Santiago. Este queda en actitud pensativa, mientras Rafael suena á la puerta; el Carcelero abre, y antes de salir aquél, lanza sobre Santiago una mirada de conmiseración y sale, cerrando el carcelero la puerta detras de él. Santiago se dirige a la mesa, sentándose en una silla.)

RAF. (Sentándose con abatimiento en la silla.) ¡Dioz mío!

CARC. ¡Mucho ánimo... qué diablo!

RAF. (Levantando la cabeza con energía.) ¿Animos?... ¡No me fartan!... ¡Zi ezta partía ze jugara á reañoz!...

CARC. Pues á mal tiempo... (Se detiene al ver penetrar por la puerta del foro a Soledad, seguida de Diego y Juan, en este orden.)

ESCENA V

DICHOS, SOLEDAD, DIEGO y JUAN. Se detiene la primera junto á la puerta del calabozo. El Carcelero les sale al encuentro, seguido de Rafael

SOL. (A Juan, con ansiedad.) ¿Es aquí, Juan?

JUAN Sí, aquí es (Señalando la puerta.) Este es el calabozo de Santiago. (Al Carcelero, con acento de autoridad.) Traemos permiso para ver al comandante: hé aquí la orden. (Le entrega un volante.)

CARC. (Después de leer el volante, que le devuelve.) Está bien. (Se dirige a la puerta disponiéndose á abrirla.)

DIEGO (Deteniendo por el brazo al Carcelero.) ¿Cómo lleva su desgracia el comandante Del Río? Ha notado en él algún momento de desesparación?

CARC. No; la desgracia la sobrelleva como un hombre; su estado es resignado como un mártir, ó tranquilo como un inocente.

DIEGO Bien; abra usted y anúnciele á don Juan de Mena. (Señala á Juan, el carcelero comienza á descorrer el cerrojo, deteniéndose al escuchar el anuncio de la llegada del defensor.)

ESCENA VII

DICHOS y REQUENA. Este avanza preocupado

JUAN (Señalando al defensor.) Ahí viene el defensor.

SOL. (Con alegría.) ¡Oh... el defensor de mi Santiago!

DIEGO (Al defensor.) ¿Malas impresiones?... ¿Qué ha pasado en el Consejo?

SOL. (Al ver el signo que hace el defensor señalándola.) ¡Hable usted con toda libertad!..

REQ. (Confuso.) ¡Señorita...!

SOL. ¡Hable!... ¿No me quitará ni una esperanza?

REQ. La diré á usted, señorita: por encima del fallo del Consejo está el Supremo, por encima del Supremo el Rey.

SOL. Y por encima del Rey la Providencia... ¡Sólo en ella confío! (Se cubre la cara y solloza.)

DIEGO ¿Terminó el Consejo?

REQ. Por terminado. Creo que no se redacte más que un voto en la sentencia...

JUAN Y ese usted cree que será...

REQ. ¡De muerte!... ¡Pasado por las armas!

SOL. (Avanzando con desesperación.) ¡Oh!... ¡No; yo proclamaré su inculpabilidad... su inocencia, y si es preciso llegaré hasta el trono!

REQ. Ignoro, señorita, qué revelación puede exponer ante el fiscal, pero si ésta dejase vislumbrar un rayo de esperanza, el proceso podía volver al estado de sumario.

SOL. (Con alegre esperanza.) ¿Sí?...

REQ. Indudable; aun cuando no se obtuviera una sentencia absolutoria.

SOL. ¡Ah... yo quiero verle!... (Volviéndose á Diego.) ¡Yo quiero verle en seguida!... ¡Vamos Diego!...

REQ. Convénzale usted, señorita. Cuando termine el Consejo volveré. (Saluda en general y se retira por el foro. Soledad se aproxima á la puerta con impaciencia.)

ESCENA VIII

DICHOS menos REQUENA

DIEGO (Al Carcelero.) Esta señorita va á quedar sola con el prisionero; ¿usted me responde que evitará todo acto de violencia?

CARC. (Encogiéndose de hombros.) Váyase usted descuidado.

SOL. ¡Vamos, por Dios, carcelero!

DIEGO ¡Tranquilidad!. . ¡Me llena de espanto que se quede sola!

JUAN Nada temas... ¿No sabes que no lleva arma? (En voz baja)

DIEGO (En el momento de abrirse la puerta y con voz rápida á Soledad.) ¡Que Dios te dé ánimo, hija mía!...

SOL. ¡Bien lo necesito ahora! (Penetra en el calabozo detrás de Juan. Diego y Rafael se retiran por el foro. El Carcelero permanece con la puerta abierta hasta la salida de Juan.)

ESCENA XI

DICHOS menos DIEGO y RAFAEL. Al abrirse la puerta Santiago levanta la cabeza y se incorpora al entrar Juan

JUAN (Avanzando unos pasos, seguido de Soledad, que se detiene cerca de la puerta en actitud de angustia.) Santiago, he cumplido mi promesa y aquí está Soledad.

SANT. Y á mi vez la cumplo recibiéndola. (Con sonrisa triste.) Sólo siento no poder ofrecerla más que este pobre ajuar de prisionero y un cuarto tan sombrío.

SOL. (Avanzando unos pasos, y con acento apasionado.) ¡Santiago!...

JUAN Su presencia aquí convertirá el calabozo en cielo.

SANT. ¡Dios le oiga!

JUAN El tiempo marcado para esta entrevista es breve. Espero que aquí estará Soledad bajo la salvaguardia de su honor.

SANT. (Impetuosamente.) ¿De mi honor? (Reprimiéndose inmediatamente y con acento ligeramente sarcástico.) Si no queda bajo la garantía de lo que he perdido, aun puedo empeñarla mi palabra de forzado.

JUAN (Con acento enérgico y solemne.) Ese honor que sólo usted cree perdido, va á devolvérselo Soledad.

SANT. (Con lentitud y pausas.) ¡Curioso anuncio!... Y bien... ¿á qué espera?

JUAN (Aparte á Soledad.) (¡Que no desfallezcas!)

SOL. (Levantando la cabeza con energía.) (¡No!)

JUAN Me marcho, Santiago... ¡Escúchela con paciencia; adórela cuando termine!

SANT. La escucharé. Estoy resuelto á todo... á todo, incluso á seguir ese consejo. (Ligeramente amenazador.)

JUAN Entonces, hasta luego. (Aparte a Soledad.) (¡Valor!)

SANT. ¡Adiós! (Le sigue con la mirada hasta que se retira, quedando cerrada la puerta. Juan y el Carcelero se marchan por el foro, volviendo al poco tiempo este último para pasear por el cofredor.)

ESCENA X

SOLEDAD, SANTIAGO, después el CARCELERO

SANT. (Irónicamente, después de una pausa.) ¡Soledad... levanta la cabeza, que distinga bien tus facciones... (Pausa.) ¿Tiemblas?... ¿Tanto te asusta el encontrarte frente á frente con un condenado?

SOL. (Con angustia.) ¡Santiago... creí tener más valor en tu presencia... pero tu acento de rencor... ¡Dios mío!... no es el acento del hombre que adoro.

SANT. Esos temores son ráfagas de la conciencia que perturban tus oidos. (Con sonrisa irónica.) Este acento es aquel que tantas veces supo llegar hasta tu corazón... ¿lo recuerdas?... (Pausa.) Vamos, habla... Se me anuncia una explicación, y sólo encuentro el silencio de una culpable.

SOL. (Con energía.) ¡Culpable no, Santiago!

SANT. ¿No?

SOL. (Con mayor energía, avanzando unos pasos hacia Santiago.) ¿Culpable de qué?... ¿De mi martirio? ¿De haberte entregado el corazón?

SANT. Entonces dispuesto estoy á escuchar los des-

cargos de la inocencia... la explicación que brota del alma de la mujer calumniada... de la prometida á quien su amante mancilla con la sospecha. (Avanzando hacia Soledad.) ¡Sí... con la sospecha odiosa... con la sospecha infamante!... (Al llegar á su lado.) ¡Ven... ven, Soledad!... (Conduciéndola hacia una de las sillas al lado de la mesa.) ¡Sin miedo!... (Impulsandola hasta la silla.) ¡Desecha los terrores de tu alma!... (Sentándola á la fuerza.) ¡Siéntate y reposa, Soledad!... ¡Reposa al lado mío, olvidando el cuadro negro que nos rodea!... (Sigue con su mano oprimiendo la de Soledad, que da muestras de dolor y espanto.)

SOL. ¡Ay!... ¡Me lastimas, Santiago!...

SANT. (Soltándole la mano.) ¡Ah.. perdóname!... ¡Si vieras cómo se exaltan los nervios en un calabozo!... ¡Habla!

SOL. (Sollozando.) ¡Hablarte, cuando ahogas mi voz con el huracán de tus rencores!

SANT. (Con sonrisa enigmática.) No, Soledad; inclinado á la benevolencia escucharé con calma esas revelaciones que han de proclamarte inocente... (Pausa.) ¡Ah!... ¿Lloras y titubeas? Mal principio para demostrarme que tu conciencia no acusa.

SOL. (Con acento de espanto.) Bien quisiera desechar este temor... La angustia inexplicable que anuda mi garganta... que me hace ver sombras cuando tanta luz hay aquí adentro. (Señalándose el pecho)... ¡Dame valor, Santiago!... ¡que no escuche más palabras humillantes ni vea en tus ojos tanto odio!

SANT. Esas son desconfianzas del sentido al tratar de impugnar lo irrebatible.

SOL. (Con mas energía.) No; convicción de los estragos que van causando en tí las falsas apariencias; recelos de no ser comprendida... terrores de no llevar el convencimiento á tu alma. (Llora.)

SANT. Cálmate; ¿no estás ya con tu Santiago? Me pides que te dé valor, sin duda solicitas que fortalezca tu ánimo refiriéndote las etapas de la dolorosa senda que he recorrido desde

Córdoba á este infierno... ¡Ah, Soledad; cuán cruelmente me martirizas!

SOL. ¡Martirizarte yo, Santiago mío!... ¡martirizarte cuando daría la sangre de mis venas por ahorrarle á tus ojos una sola lágrima! (Solloza.)

SANT. ¡No llores, Soledad!... ¡No tiembles! ¿Es que te causo espanto? (Más exaltado.) Descarga tu conciencia en mi pecho, y si es el temor el que paraliza tus sentidos, yo te iré evocando uno á uno los fantasmas de aquella noche maldita. ¿Lo prefieres?... ¿Dí? (Con cólera.) ¡Contesta, Soledad!

SOL. (Con creciente turbación.) ¡Santiago mío!... ¡Tranquilízate! ¡Comprendo que mi silencio me acusa... que no desvanezco sombras... que atraigo la tempestad! ¡Creí que mi corazón era más fuerte!... ¡Yo le prometí á Diego!...

SANT. (Cogiendo con ira el brazo de Soledad y levantándose con ella.) ¿Por qué pronuncias aquí ese nombre maldito? (Con extravío.) ¿Te has propuesto arrebatarme el átomo de razón que aún me liga con el mundo? ¿Quieres sumirme en las sombras de la locura... de la locura que muerde... de la locura que mata? ¡Contéstame! ¿Es insulto del odio, ó pasión por el amante ausente? ¿Es deseo de que mis manos se manchen con tu sangre?...

SOL. (Con terror, desasiéndose de sus manos y corriendo hacia la puerta.) ¡Santiago!...

SANT. (Sujetándola con violencia.) ¿Huyes dejándome el alma envenenada?... (Haciéndola caer de rodillas con un violento esfuerzo.) ¡Oh!... (Saca el cuchillo.)

SOL. (Aterrada en actitud de implorar.) ¡Santiago!...

SANT. ¡Verás como te encuentro el corazón!... (Levanta el brazo para herir.)

SOL. (Cubriéndose con una mano la cara.) ¡Diego!... ¡Padre mío!...

SANT. (Con profunda sorpresa deteniendo el brazo.) ¿Qué dices?... (Levantándose en actitud de espanto, al mismo tiempo que Soledad se incorpora y se apoya desfallecida en el quicio de la puerta.) ¿A quién evocas?

SOL. (Levantando la cabeza con altivez y en actitud llena de grandeza.) ¿Por qué matas á la hija de Diego Alcázar?

SANT. (Con acento de extraordinaria sorpresa, guardando el cuchillo.) ¡Soledad!... ¿Tú... tú la hija de Diego Alcázar?... (Dando un paso atrás y cubriéndose los ojos con las manos.) ¡La hija de Diego Alcázar! ¿Qué rayo penetra por mi frente que hace estallar mi cerebro?... ¿Qué luz es esta que me ciega?... (Separando las manos y con semblante transfigurado.) ¡Dímelo, Soledad!... (Con acento desgarrador.) ¡Soledad mía, ten compasión de mí?...

SOL. (Aproximándose rápidamente y con gran ternura.) ¡Santiago!... (Cogiéndole las manos apasionadamente.) ¡Soy yo... tu Soledad!... ¡La mujer que te adora... la que rompe un juramento sólo por preservar tu vida!

SANT. ¡Ah, sí!... ¡Ese acento tan puro es el tuyo... y esos ojos que contemplo son los mismos que yo tanto he adorado!... ¡Mírame!... ¡No te espantes!... ¡Soy tu Santiago!... (Con gran exaltación, conduciéndola hacia la silla.) ¡Ven!... ¡Ven, Soledad mía!... ¡Ven y ábreme tu pecho! (Sentándola con infinita ternura.) ¡Así!... (Con sonrisa y acento de excitación.) ¡Háblame! (Sentándose á su lado.) No temas que sea incrédulo... ¡Incrédulo si de nuevo veo tus ojos y escucho tu voz, y veo tu alma á través de un desgarrón de nubes que me ocultaban un cielo!... ¡No, habla!... ¡Habla, Soledad! (La coge las manos con pasión.)

SOL. ¡Perdón, Santiago!... ¡Perdóname las amarguras que te he hecho beber, solo por no quebrantar mi promesa! (Solloza.) ¡Ahora que mi madre me perdone desde el cielo!

SANT. (Con extraordinaria sorpresa.) ¿Que te perdone... tu madre?

SOL. ¡Sí, que me perdone por condenar su memoria á la deshonra, sólo por conservar tu vida!

SANT. ¡Tu madre!... ¿Tú condenarla á la deshonra? (Repentinamente y como si brotase una idea que le aclarase el misterio.) ¡Ah!... ¡Entonces... enton-

ces Diego Alcázar!... Dime, Soledad... ¿Diego Alcázar fué el amante?... ¡Entonces tu protectora... la que murió sumiéndote en la desesperación... esa protectora era tu madre!... (Con profunda conmiseración.) ¡Levanta la frente, Soledad mía; levántala con orgullo, que una frente tan pura como la tuya no debe inclinarse nunca. ¡Dímelo todo... todo, que aquí morirá el secreto! (Se señala el pecho.)

SOL. (Con voz turbada y á veces solemne.) Fueron amores que el mundo comenzó á vislumbrar.. Como consecuencia de la sospecha, el pacto de separarse los dos amantes... ¡Mi nacimiento clandestino... después la muerte!... ¡la muerte sin haber tenido el consuelo de llamarme hija!... Mi juramento al pie de su lecho, después de besar su frente helada... de callar... ¡de callar siempre el nombre de mi madre! (Llora con desconsuelo.) Y para llenar mi vida de sombras y de dudas, la constancia de Diego en quererme legitimar, y mi obstinación en rechazar su deseo, sólo por salvar la honra de mi madre... ¡Mi silencio... ese silencio del deber que ahora rompo sólo por conservar tu vida!

SANT. Ese sacrificio es imposible.

SOL. ¿Imposible? ¿Por qué?

SANT. Porque mis crímenes militares ya están cubiertos con el sudario infamante de la ley.

SOL. (Con espanto.) ¡No, Santiago!... ¡No me robes el ánimo!... ¡Yo te salvaré la vida, y si no salvo tu carrera, ¿qué te importa, si me tendrás á tu lado para hacértela olvidar?

SANT. ¡Cómo despejas con tu acento un horizonte tan sombrío!... Pero, ¡ah! las nieblas de mi destino, ¡qué implacablemente vuelven a cerrarlo!

SOL. (Con alegre convicción.) No; ya verás cuando declare cómo la traición se convierte en arranque caballeresco de tu carácter exaltado para batirte después; verás...

SANT. (Con ternura.) ¡Pobre niña!... No; rechazo toda declaración que ponga en la picota el honor de tu madre. (Con amargura.) ¡Sigue sin nom-

bre, juguete de la fortuna, y cumple tu juramento hasta lo último, no delatando su falta ni la engañadora visión, el error espantoso que me conduce á la muerte. ¿No quieres hacer el sacrificio por salvarme?... Pues, ¿para qué, si voy á morir? ¡A morir, sí, pero antes déjame que te adore, que beba, en los minutos que me quedan de vida, años de delicias á tu lado! (Cae de rodillas delante de Soledad.)

SOL. (Cogiéndole la cabeza con pasión.) ¡No quiero perderte!... ¡Te adoro, Santiago mío!... ¡Necesito tu vida para conservar la mía!...

SANT. ¡Qué placer inunda mi corazón al contemplar esos ojos tan puros que te convierten en ángel de mi existencia!... ¿Y yo he dudado de tí, Soledad mía? ¡Oh!... ¡Déjame que te implore el perdón por las afrentas que te hizo un pobre loco!... ¡Perdón, sí, Soledad!... ¡Perdón para tu amante, que va á morir fusilado!

SOL. ¡Perdonarte yo... yo, que te he llevado al abismo!... (Deja caer la cabeza sobre la de Santiago, arrodillado, y solloza. Aparecen por el foro Diego, Juan y Carcelero, que avanzan y se detienen junto á la puerta del calabozo.)

ESCENA XI

SOLEDAD, SANTIAGO, DIEGO, JUAN y CARCELERO. Empezaran el diálogo, muy breve, al guardar silencio los dos primos

DIEGO (Suplicante.) Deseo que termine esa entrevista.

JUAN Nada temas; pero si así lo deseas... (Al Carcelero.) Abrame usted, carcelero. (Se aproxima a la puerta y penetra en el calabozo, quedando Diego en el dintel de modo que no sea visto por Soledad y Santiago hasta el momento oportuno. Al abrirse la puerta estos dos se incorporan rápidamente, y Santiago corre al encuentro de Jnan.)

SANT. ¡Juan!... (Cogiendo, en trasporte de alegría, sus manos.) ¡Amigo mío!... ¡Qué feliz soy! (Apoya la cabeza en el hombro de Juan. Diego entra y Soledad se precipita á su encuentro.)

SOL. ¡Padre del alma! (Le abraza.)

DIEGO (Con profunda amargura) ¡Solo la vida de Santiago me concede, al fin, el nombre augusto de padre! (La besa en la frente. Santiago al escuchar la voz de Diego levanta la cabeza con sorpresa, se aproxima lentamente y se detiene á corta distancia de él. Sigue breve pausa y gran expectación en todos los personajes.)

SANT. (Con humilde acento de nobleza.) ¡Diego!. . Cuando la injuria no sale del corazón y la lanza una razón extraviada, ¿puedo esperar del ofendido su indulgencia? (Con mayor vehemencia aproximándose más.) ¿Me perdonas los ultrajes, Diego?

DIEGO ¡Sobre mi pecho voy á concederte el perdón!... (Abriendo los brazos con efusión.) ¡Abrázame, Santiago! (Quedan unidos en fuerte abrazo, desprendiéndose Santiago de los brazos de Diego al escuchar la voz de Juan anunciando la llegada del defensor; éste contempla en silencio la escena durante breves momentos, y penetra lentamente hasta detenerse frente á los personajes.

ESCENA XII

DICHOS y REQUENA

REQ. (Deteniéndose en actitud solemne.) ¡Señores!.. ¡el Consejo de Guerra ha terminado!

SANT. (Avanzando en actitud tranquila y risueña, después de breve pausa.) Aun cuando el fallo del Consejo se reserva hasta la aprobación de la sentencia, extraoficialmente siempre le conoce el reo. ¿Puede mi defensor decirlo sin forzar á su conciencia?

REQ. (Con acento decidido, después de efectuar un ademán de sorpresa y vacilación.) ¡Como defensor nada le niego!... Creo tan alta esta misión, que no debo ocultar al infortunado que me ha elegido para defender su honra de soldado y su vida...

JUAN (Impaciente.) ¿Entonces...?

REQ. (Deteniendo á Juan con un signo de la mano, como para obtener silencio.)

REQ. Una frase inadvertidamente pronunciada por un vocal á la salida del Consejo, me ha hecho conocer la unanimidad de votos, pudiendo asegurarle que el Tribunal le condena...

SOL. (Avanzando y cogiendo una mano de Santiago con terrible angustia. Extraordinaria expectación de los restantes en la corta pausa que hará el defensor.) ¡Dios mío!

REQ. ¡A la reclusión militar perpetua!

SOL. (Con grandísima emoción.) ¡Salvado!...

DIEGO (Casi simultáneamente y con acento alegre.) ¡Salvado!...

SANT. (Con grito de terror y de profunda sorpresa.) ¡A presidio!... ¿Yo á presidio?... (Suelta bruscamente la mano de Soledad y las lleva á sus ojos con desesperación.) ¿Qué nieblas son estas que me roban la vista, Soledad mía?..!

SOL. (Avanzando horrorizada.) ¡Santiago!... (Trata de cogerle una mano. Diego, Juan y el defensor se aproximan á Santiago, avanzando todos á medida que éste retroceda.)

SANT. (Retrocediendo horrorizado.) ¡No!... ¡No te acerques!... ¡No quiero mancharte con mi contacto!

SOL. ¡Santiago mío! (Avanza y se detiene al mandato de Santiago.)

SANT. ¡Aparta!... ¡Ya no soy tu prometido!... ¡Ya no soy aquél con quien soñabas!... ¡Soy uno más en la caterva ignominiosa... un despojo de hombre... un número odioso... un salpicón de lodo en las paredes de un presidio! (Solloza con desesperación, ocultando la cara con sus manos.)

SOL. ¡Escúchame, por Dios, Santiago!... ¡Si esta desgracia me hace quererte más!... ¡Santiago, yo te adoro!...

SANT. ¡No... no manches tu pureza! .. ¡Puedo contagiarte!... (Mirando al cielo con desesperación.) Dios... ¿por qué me otorgas tanta luz, que hacen más impenetrables las tinieblas?... ¿Por qué me has revelado su pureza, y al

mismo tiempo mi desastre?... ¿No ves que su inocencia me mata?... ¡Sí, me mata!... (A Soledad.) ¿Perderte ahora?... ¡Abandonarte, Soledad!... (Con extravío.) ¡Escucha!... (Se pasa la mano por la frente.) ¡Iba á morir tranquilo!... ¡Tu imagen, oculta en el corazón, había muerto para siempre... y ahora... ahora la has hecho renacer á mi amor, para engrandecer mis penas y hacer el contraste más odioso!

REQ. ¡Vamos, valor, mi comandante!

SANT. (Volviéndose impetuosamente al defensor.) ¿Valor?... ¿Valor, Requena?... ¡Oh... no me falta! .. ¡El presidio no me asusta!... (A Soledad.) Mira, Soledad: no temo que mi pobre cuerpo se roce con el de tantos criminales... No temo al uniforme infamante de presidiario... ¡La horrible hopa de paria!... No me espanta el trabajo odioso... el mandato imperativo, la miseria... ¡la miseria espantosa del forzado!... ¡Pero llevar el estigma en la frente y la ira en el corazón!... ¡Abandonarte para siempre... para siempre, Soledad!... ¡Separarnos el infinito... tú, remontándote al cielo... yo, hundiéndome... hundiéndome en el abismo de infamias, arrastrado por el huracán que destroza y aniquila... ¡Yo soñar con un ángel... á tí repugnarte un presidiario!... (Con terrible explosión de ira.) ¡Oh, no!... ¿A presidio el comandante Del Río?... ¿Yo, yo á presidio?... (Retrocede con ademán de demencia, dando acentos de histerismo á la carcajada.) ¡Já, já, já!... ¡Digna compasión inspiré al Consejo!... ¿Conque, á presidio, señores jueces?... ¿A reclusión perpetua el hombre honrado?... (En aumento su aspecto de loco.) ¡Venid... venid á sujetar con grillos al caballero!... ¿A qué esperan?... ¡Ah!... ¿Quieren ustedes sujetar con hierros al condenado?... ¡Pues con hierro voy á destruir esa sentencia!... (Saca con movimiento rápido é imprevisto la faca y se la hunde en el pecho, cayendo instantáneamente.) ¡Perdón... Soledad mía!... ¡Muero honrado!... ¡Madre!... ¡Madre del alma!...

SOL. (Abrazada al cuerpo de Santiago.) ¡Santiago!... (Rechazando á Juan, que pugna por llevársela.) ¡Yo moriré contigo!...

REQ. ¡Carcelero!... (Con angustia. El carcelero abre, y queda en el dintel, horrorizado.)

DIEGO (Sujetándole la cabeza y sollozando.) ¡Santiago!... ¡Hijo mío!...

SANT. (Con voz apenas perceptible.) ¡Perdón, Diego!... ¿Y Rafael?... ¡Adiós, Juan!... ¡Soledad!... ¡Soledad!... (Muere. Juan, llora, apoyado en el defensor. Diego y Soledad, de rodillas, cubren con sus cuerpos el cadáver.—Telón.)

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carre tas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2 de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Mu rillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de E partercs, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de lo *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Es cribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares direct mente á esta casa editorial acompañando su importe en sell de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no ser servidos.